

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

CLARK CARRADOS

LA SOCIEDAD DE LA MUERTE







COLECCION

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

1. Aquel que dominó el mundo. *Curtís Garland*
2. ¡Yo quiero «money»! *Ralph Barby*.
3. Sonata de amor v muerte. *Clark Carrados,*
4. ¡Mójame, que me quemo! *Ralph Barby,*
5. Ajedrez de terror. *Curtís Garland.*

CLARK CARRADOS

LA SOCIEDAD DE LA MUERTE

Colección ¡KIAI!, n.° 69
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-04952-4
Depósito legal: B. 5.733 - 1978
Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: abril, 1978

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la
SALA DE JUDO «SHUDO-KAN»

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva. 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1978

CAPITULO PRIMERO

Un tanto intrigado, pero casi más preocupado, Mark Lackland llegó a la puerta de oscura madera barnizada, con herrajes dorados, y presionó el timbre de llamada, mientras se preguntaba si había hecho bien en acudir a la cita que le había sido hecha mediante una carta recibida algunos días antes. Pero un cierto amor propio le impulsó a seguir adelante. Estaba allí y no iba a echarse atrás.

La puerta, de dintel semicircular, giró silenciosamente a un lado. Una voz invisible, de corteses entonaciones, e invitó a pasar al cuartito cuya puerta se veía a la derecha de la de entrada. El pequeño vestíbulo estaba completamente desnudo de muebles, sin el menor objeto ornamental. Lackland abrió la otra puerta y entonces, la voz de la persona invisible dijo:

—Verá usted algunos mantos con capucha. Póngase uno, el que más se acomode a su figura.

Lackland obedeció. La voz continuó:

—Le felicito por su precaución de haberse puesto guantes. Pase ahora por la puerta que hay a su izquierda, siga durante veinte pasos, que contará usted mismo, abra la puerta que encontrará al finalizar esa doméstica medida de distancia.

Lackland hizo lo que le decían. Vio que caminaba por un pasillo curvo, igualmente limpio de toda decocción y que parecía el de acceso a los palcos de un pequeño teatro. Contado el paso vigésimo, abrió la puerta correspondiente y se encontró en un estrecho cubículo, en donde había una silla por todo mobiliario.

—Siéntese y espere. Por favor, no fume.

Lackland se sentó. La iluminación era muy escasa y el lugar se hallaba sumido en una penumbra que más era oscuridad. Pero, al menos, evitaba los tropiezo»

Oyó algunos ruidos, durante el cuarto de hora largo que duró su espera. Debían de ser otras personan que acudían a una llamada análoga a la suya.

De pronto, se encendió una luz rojiza delante de él. Lackland escrutó con curiosidad los detalles del lugar en que se hallaba. Lo único que pudo ver fue una sala amplia, también limpia de muebles, con la sola excepción de un sillón de alto respaldo.

Una sombra negra atravesó la sala y se sentó en el sillón. El

misterioso personaje iba también encapuchado y con el mismo manto negro que llegaba holgadamente a sus pies. Puso las manos sobre los brazos del sillón, pero los guantes que las cubrían impedían apreciar ningún detalle.

Después de unos segundos, el desconocido empezó a hablar:

—Caballeros, gracias a todos por haber venido —dijo—. En primer lugar, voy a rogarles que me escuchen atentamente, sin interrumpirme hasta que yo haya terminado mi discurso. Después, con mucho gusto, contestaré a todas las preguntas aclaratorias que se me dirijan.

El tono era impersonal, neutro, observó Lackland. Tanto podía pertenecer a un hombre con voz algo aflautada, como a una mujer de voz con tonos graves. El sexo del personaje desconocido quedaba, pues, incógnito.

—Todos ustedes tienen problemas con otras personas —continuó el orador—. Unos con un socio infiel, otros con la esposa casquivana, algunos con personas: situadas en un lugar más elevado, que les gustaría que fuese suyo... Pero tienen una cosa en común: detestan a la persona con la que tienen esos conflictos y verían con sumo agrado su desaparición del mundo de los vivos. Yo puedo facilitarles ese deseo, permitiéndoles que lo lleven a la práctica, sin el menor riesgo de ser descubiertos, naturalmente.

«Ahora bien; entiendo que contratar a un asesino profesional tiene varias desventajas. No hablaré del precio, porque a todos ustedes unos miles de dólares más o menos les importan muy poco. Me refiero a la posibilidad de un fallo por parte del ejecutor o bien la así seguridad de que éste, después de cumplido su contrato, les haga objeto de un chantaje. Pero, a mi atender, la principal desventaja de contratar a un asesino profesional estriba en la privación del supremo placer que proporciona el ver morir a la persona que tanto nos estorba.

»Yo puedo proporcionarles ese placer, caballeros —prosiguió el desconocido—. No hay nada que cause más agrado que ver morir al socio traidor, a la esposa infiel o al jefe al que detestamos y cuyo puesto sería para uno mismo, si él falleciera inesperadamente. Por supuesto, las muertes no resultarán un espectáculo desagradable por lo sangriento, quiero decir que no habrá decapitaciones ni descuartizamientos; será algo limpio, fácil y definitivo. Y ustedes, así, habrán conseguido lo que están deseando desde hace tanto tiempo.

»Ustedes mismos se habrán dé encargar de eliminar a la víctima, pero, corno pueden comprender, esto entraña ciertos riesgos. Yo me encargaré de suprimirlos de una manera absoluta. Nadie, jamás, podrá relacionarles *con* esa muerte; nunca encontrarán las pruebas de que lo

hicieron. Pero así quedarán definitivamente libres de a persona que hoy, en este mismo momento, es la bola de hierro unida a la cadena que está atada a su tobillo y que les impide caminar con libertad.

«Ahora bien, mis servicios deben tener un precio, como es lógico. No será un precio barato, eso pueden darlo por descontado. Pero, ¿y la libertad que van a obtener y la seguridad de que jamás nadie podrá acusarlos de lo sucedido? ¿No merece la pena pagar un precio relativamente elevado para vivir próspera y tranquilamente el resto de sus días?

»Ahora mismo podría citar media docena de nombres de los presentes, que obtendrán, al menos, un beneficio de un millón de dólares, si consiguen la eliminación de la persona que tanto les estorba. Naturalmente, no voy a hacerlo, puesto que nadie, sino yo, conoce sus personalidades. Pero estos afortunados, ¿no encontrarán rentable pagar el diez por ciento de ese millón, que, de otro modo, no habrían conseguido en muchísimos años y algunos de ellos ni siquiera en su vida?

«Caballeros, por última vez, les garantizo la absoluta seguridad de mis servicios. Ahora, si lo desean, pueden formular preguntas, que responderé con muchísimo gusto.»

* * *

Tras el discurso, se produjo un profundo silencio. Al fin, un hombre de voz gruesa lo rompió, diciendo:

—Usted habló antes del peligro que constituye un asesino profesional, que luego podría hacernos chantaje. ¿No corremos ese mismo peligro, si le encomendamos a usted esta labor?

—No habrá papeles ni documentos que puedan comprometerles —respondió el orador—. A su llegada, lo han hecho con la cara descubierta, lógicamente, pero aunque dispusiéramos de una fumadora, cosa que no es cierta, ello no probaría absolutamente nada, salvo el hecho de que han estado en una casa que no puede ser relacionada con lo que vaya a suceder después. Todos ustedes acudieron a la cita por haber recibido una carta, escrita en una tinta especial, que se borró diez minutos después de haber sido abierto el sobre. En resumen, el pacto que se va a establecer es de palabra, salvo el uso de una tarjeta que emplearemos después y de la que daré las explicaciones oportunas en el momento adecuado.

—¿Qué me dice de las grabadoras de sonido? —preguntó otro.

—No las hay.

—Sólo contamos con su palabra...

—Les he dicho la verdad, y deberán contar con mi palabra, puesto que si yo facilito las cosas para que ustedes logren lo que desean, no podrán engañarme después. Quiero decir que deberán

pagarme lo acordado, extremo que yo comunicaré individualmente a cada uno de ustedes, y el que no lo haga así, puede tener la seguridad de que no disfrutará mucho de los beneficios que esta reunión haya podido proporcionarles.

—Entonces, nosotros tenemos que asesinar a... cierta persona...

—Es cosa personal de ustedes, ya lo he dicho antes. Pero no habrá, insisto enfáticamente, ningún riesgo. Y por si no me creen, les citaré dos ejemplos. Todos ustedes, seguramente, conocían a Richard Stevenson y a Maureen McAllister. Indudablemente, también conocen la noticia de su muerte.

—¡Stevenson murió atropellado por el coche de su mejor amigo! —exclamó uno de los presentes.

—¿Le hicieron alguna acusación criminal? El veredicto del jurado preliminar fue de un accidente inevitable, dado el estado de embriaguez de la víctima. Pero no les voy a decir el procedimiento, porque quedó exclusivamente para el autor del atropello.

—La señora McAllister murió electrocutada en la bañera...

—Era una fanática de la televisión. La veía hasta cuando se bañaba. El aparato se cayó al agua accidentalmente. No diré cómo sucedió, pero el beneficiario del *accidente* resultó completamente exculpado.

Lackland empezó a pensar que aquel increíble sujeto lo preparaba todo con diabólica habilidad. ¿Era un demente? ¿O simplemente un aprovechado que trataba de conseguir grandes sumas de dinero, a costa de la vida de otros seres humanos?

—Alguno de nosotros, al salir de aquí, podría ir a la Policía y contar...

—No llegaría siquiera a la comisaría más cercana —aseguró el desconocido, fríamente—. ¡Pero, caballeros, si todos ustedes están deseando eliminar a una persona que se ha constituido ya en un inaguantable estorbo en sus vida! ¿A qué tantos temores? Yo les ofrezco la posibilidad de conseguir sus deseos, sin ningún riesgo. Y, como he dicho, les evito los inconvenientes de un asesino profesional, personaje, por otra parte, nada fácil de encontrar, puesto que no se anuncian en las páginas amarillas de la guía de Teléfonos —concluyó el orador con un sarcástico toque de humorismo.

De nuevo volvió el silencio. Al cabo de unos segundos, alguien dijo:

—Está bien, acepto.

—No preguntaré a los demás —manifestó al desconocido—. Simplemente, les haré escribir el nombre de la persona que debe desaparecer de este valle de lágrimas.

—Eso puede dejar rastros... —alegó uno, asustado.

—Calma, amigo mío, calma. Ya he dicho que no quedará aquí el

menor rastro de su presencia. Ahora mismo, situaré sucesivamente, ante cada uno de ustedes, una máquina de escribir, en la que habrá una tarjeta. En ella escribirán el nombre de la persona que les estorba, una tarjeta para cada uno de ustedes, lo cual, como puede comprender, elimina el riesgo de identificación por la escritura normal o bien por la de una máquina propia. Naturalmente, es algo que debo conocer, no sólo para confirmar mis informes sobre el particular, sino para estudiar a fondo las costumbres de la víctima y que su eliminación se lleve a cabo con absoluta garantía de seguridad.

Lackland se dijo que estaba en un club de asesinos, una sociedad para la muerte. ¿De qué mente retorcida había partido aquella infernal idea?

Ahora se arrepentía de haber acudido a la llamada. Pero el instinto le hizo mostrarse cauto, y dominar el vivísimo deseo que sentía de levantarse y salir corriendo a toda velocidad.

A su izquierda, se oyó un breve tableteo. Alguien escribía el nombre de su víctima.

Pasados unos minutos, el orador apareció delante de él, empujando un carrito con ruedas, sobre el que se veía una máquina de escribir, en cuyo rodillo había ya una cartulina rectangular. Con cierta torpeza, pues no estaba práctico en la escritura a máquina, hizo aparecer el hombre de una persona. La tarjeta fue retirada inmediatamente y desapareció en el amplio ropón del desconocido.

—Puede marcharse —indicó el sujeto.

Lackland no necesitó que se lo repitieran dos veces. Aquella atmósfera le agobiaba. Cuando estuvo fuera, respiró hondo, a pleno pulmón.

El coche, siguiendo las instrucciones recibidas, había quedado a unos doscientos metros de distancia. Cuando se sentaba ante el volante, Lackland emitió una alegre carcajada.

¿Qué diría el desconocido, al leer su tarjeta y ver en ella el nombre de un personaje célebre fallecido en el siglo pasado?

El nombre que Lackland había escrito era Toro Sentado, el famoso jefe de los sioux.

* * *

Con ello esperaba que el desconocido comprendiese sus deseos de no cometer ningún asesinato. Tenía problemas con su socio, era evidente, pero confiaba en resolverlos por procedimientos menos drásticos que el asesinato.

CAPITULO II

Con frecuencia casi periódica, Budd Baxter solfa acudir a un gimnasio en el que, además de practicar toda suerte de ejercicios físicos, realizaba también prácticas de artes marciales. En aquellos momentos, había una pareja de luchadores sobre el *tatami,* entrenándose en diversas suertes de judo.

Uno de los luchadores, era mujer, cosa que no extrañó a Baxter, ya que había muchas que solían acudir al gimnasio. Pero aquélla, estimó, era nueva o, por lo menos, había ido a entrenarse a otras horas, por lo que no habían coincidido hasta aquel momento. Le llamó la atención su singular hermosura, poco corriente y de tremendo atractivo.

El pelo era negro y sujeto en un apretado nudo en la parte posterior del cráneo. Dividido en dos bandas, la cabellera enmarcaba un rostro perfectamente ovalado, en el que lucían unos ojos verdosos de gran belleza, y unos labios que debían necesitar muy poco de la barra dé carmín. Aunque llevaba los ropajes adecuados a la circunstancia, se adivinaba en ella la esbeltez de una sílfide.

En aquellos instantes, la bella desconocida estaba practicando con el profesor, que hacía de atacante, la segunda serie de la cuarta *kata,* denominada *Ushiro-dori* o presa de hombros por detrás. El profesor, situado detrás de la mujer, rodeó sus hombros con los brazos, pero, instantáneamente, ella levantó los brazos un poco, separándolos, a fin de evitar que se unieran las manos de su adversario.

Acto seguido, la joven agarró el brazo derecho del profesor, bajó la cadera derecha y colocó su pierna derecha sobre el tapiz, a la vez que colocaba el pie del mismo lado, muy introducido entre los del entrenador, movimientos realizados en fracciones de segundo. El profesor voló por encima del hombro derecho de la alumna y cayó de espaldas sobre el tapiz. Inmediatamente, el filo de la mano de la joven «marcó» un *atemi* en la base de la nariz y entre los ojos. El golpe, de ser auténtico, podía resultar mortal.

Inmediatamente, alumna y profesor se levantaron y, tras separarse unos pasos, efectuaron el saludo de ritual. Baxter aplaudió cortésmente, un par de veces.

Ella le dirigió una rápida mirada y luego corrió hacia los vestuarios.

—Buena discípula, Kaito —dijo Baxter, dirigiéndose al profesor.

Kaito sonrió, a la vez que se enjugaba el sudor de las manos con una toalla.

—Excelente. De lo mejorcito que ha pasado por aquí —contestó.

—No la había visto antes, Kaito —dijo Baxter, intencionadamente.

El entrenador le miró de soslayo, malicioso.

—El nombre es Rhoda James. Vive en la Avenida Madison, seiscientos doce. Es todo lo que sé.

—Salvo que es preciosa.

—No hay muchas como ella, en efecto. ¿Vienes a entrenarte, Budd? Baxter asintió.

—Iré a cambiarme de ropa —contestó.

Cuando terminó su sesión de entrenamiento, Rhoda James había abandonado ya el gimnasio. Pero Baxter no se preocupó demasiado de ella; ya la vería al día siguiente o al otro... No había prisa.

A mediodía, acudió a almorzar a una cafetería cercana al gimnasio. Encargó una hamburguesa con cebolla picada y mostaza, y pidió, también, una jarra de cerveza. Cuando se disponía a hincarle el diente al bocadillo, sintió una palmada en el hombro.

Se volvió en el acto.

—¡Hola, Jarrel! —saludó—. ¿Quieres almorzar conmigo? —invitó.

Jarrel Wanderer hizo un gesto negativo.

—No tengo apetito —contestó—. Me contentaré con una taza de café.

—Claro, hombre.

Baxter pidió la consumición. Luego miró extrañado a su amigo, un hombre todavía joven, de rostro rubicundo y figura más bien llena.

—¿Qué te pasa, Jarrel? —preguntó—. Tú eres un tipo capaz de comer grava dentro del pan, a cualquier hora... y te apareces inapetente...

—He perdido el apetito —confesó Wanderer, de mala gana.

—¿Te van mal los negocios?

—Uno de los negocios. Me ha ardido la casa de la Avenida Grayson.

—Vaya, no sabes cuánto lo siento. Pero habrá un seguro...

—La póliza era muy baja y no cubrirá mis pérdidas —se quejó Wanderer—. Esperaba que me alquilasen la casa para una larga temporada o quizá se quedasen con ella... Lo único que resta ya es el solar, Budd.

—Puedes venderlo, Jarrel —sugirió Baxter.

—El sitio no es bueno para edificar. Servía cuando había una casa ya edificada, pero construir allí de nuevo costaría mucho dinero, el doble, por lo menos, de lo que costaría en otro lugar. Claro que, de

momento, puedo soportar la pérdida y esperar mejores tiempos, pero me siento muy fastidiado, te lo digo con sinceridad.

—Lo siento. Si puedo ayudarte…

Wanderer apuró la taza de café. ,

—Gracias, Budd —dijo—. Lo malo del caso es que sospecho que el incendio fue intencionado. La casa era vieja, de acuerdo, pero no había motivos para que ardiese por accidente… ni que el fuego resultase tan devastador, que no dejase de ella más que los cimientos.

—Lo habrás denunciado a la Policía, supongo.

—Desde luego, pero ¿quién encuentra, luego, al autor del siniestro?

—Oye, si fue el que te alquiló la casa…

—El trato se hizo por carta, Budd. He dado el nombre y la dirección del contratante, pero han resultado ser unas señas falsas. No lo entiendo, francamente.

—¿Sospechas que ese fuego trataba de encubrir algo peor?

—La Policía ha revisado minuciosamente el lugar y no ha encontrado el menor rastro que indique un posible asesinato. Eso es todo lo que sé.

Baxter miró con simpatía a su amigo.

—Repito mi ofrecimiento de ayuda…

Wanderer palmeó de nuevo el nombro de Baxter.

—Gracias —se despidió.

Un suceso muy raro, pensó Baxter, mientras terminaba su almuerzo. Pero cabía en lo posible que se tratase de la acción de algún pirómano. El conocía la casa de la Avenida Grayson y sabía que un edificio viejo, con todo el encanto de las casas construidas en el siglo pasado. Sin embargo, la madera entraba en una elevadísima proporción de los materiales de construcción y por ello el incendio había tenido unos caracteres tan desastrosos.

Al acabar, pagó la consumición y regresó a su casa. Apenas había entrado, Tim Koye, su criado, le dio una noticia.

—Ha llamado el señor Lackland —informó—. Dice que tiene mucho interés en hablar con usted, señor.

—Bien, le llamaré ahora mismo…

—El señor Lackland vendrá personalmente. Dijo que era un asunto que no podía tratar por teléfono.

Baxter arqueó las cejas. Mark Lackland y él habían sido condiscípulos en la Universidad en que ambos habían obtenido, al mismo tiempo, el título le abogado. Pero luego sus caminos se habían separado. Lackland se había dedicado a los negocios, en los que había alcanzado una elevada posición, además de un notable prestigio profesional.

Después de concluidos los estudios, se habían visto en contadas

ocasiones, aunque la amistad se había mantenido inalterable. Pero era la primera vez que Lackland parecía necesitarle.

¿Qué problema preocupaba a su amigo?, se preguntó.

—Voy a cambiarme de ropa, Tim —anunció, tras unos segundos de reflexión—. Ten preparadas bebidas y también té y café.

—Bien, señor.

Baxter fue a su habitación y cambió la ropa de calle por otra más cómoda. Cuando regresaba a la sala, oyó el timbre de llamada.

—¡Ah, ahí está Lackland! —exclamó—. Deja, Tim; abriré.

Baxter abrió la puerta y vio a su amigo sentado en el suelo, con las piernas extendidas, apoyado en la jamba con el hombro izquierdo.

—¡Mark! —exclamó—. Pero, ¿qué diablos te pasa...?

Lackland levantó una mano.

—Escucha..., no tengo mucho tiempo... Me han dado bien... Hay un club de asesinos... Yo estaba muy enfadado con mi socio... Me propusieron su asesinato... Casi acepté en un principio, pero luego me negué...

Baxter se sentía atónito.

—Un club de asesinos —repitió.

—Sí... Tienes que intervenir antes de que sea demasiado tarde... Stevenson y Maureen McAllister murieron asesinados..., no fueron accidentes...

Un hilo de sangre brotó de los labios de Lackland. En el interior de la casa, Koye estaba llamando ya, a la Policía, y pidiendo una ambulancia.

—La casa... de la Avenida Grayson... número doscien...

Súbitamente, la cabeza de Lackland se dobló a un lado. Su cuerpo se estremeció en la última convulsión y se quedó quieto.

Terriblemente impresionado, Baxter pasó al otro lado y contempló la ensangrentada espalda de su amigo. El diminuto orificio que había en el centro de la chaqueta le indicó sobradamente las causas de la muerte.

* * *

Durante la hora que siguió, todo fue jaleo en el pasillo y en el interior del apartamento de Baxter. El teniente Jamison, de Homicidios, viejo amigo de Baxter, intentó arrancar a éste algunos datos sobre el caso, pero el joven se cerró en banda y dijo que Lackland ya no podía hablar cuando él llegó a verle sentado en el suelo.

—Lo único que sé es que parecía estar en apuros o tener ciertos problemas —declaró—. A mi criado le dijo que quería verme con urgencia, porque ló que tenía que decirme no podía ser confiado al teléfono. Eso es todo, no sé más, teniente.

Jamison se marchó, no demasiado convencido de las palabras de Baxter. Pero tampoco podía forzarle a hablar. Y, para Baxter, la muerte de Mark Lackland era un caso que deseaba tomar personalmente en sus manos.

Al día siguiente, asistió a los funerales. Desde lejos, vio a la viuda, una hermosa joven de unos veinticinco años, completamente enlutada, acompañada por algunos parientes cercanos. Baxter decidió que el momento actual no era el más adecuado para conversar con Mary Ann Lackland y se limitó a expresarle sus condolencias.

Pero dos días más tarde, fue a visitarla a su propia casa. Mary Ann, palidísima y con los ojos rodeados por sendos círculos violáceos, le recibió afectuosamente en un saloncito íntimo. Sirvió el té y charlaron durante unos momentos de temas no demasiado profundos, aunque inevitablemente relacionados con el horrible suceso.

Luego, Baxter decidió entrar en materia.

—Mary Ann, quiero contarte algo que ahora no sabe nadie más que yo. Ni siquiera se lo dije a la Policía, cuando acudieron después de mi llamada, ¿comprendes?

Ella le miró, muy intrigada.

—¿De qué se trata? —preguntó.

—Por favor, te ruego que no te enojes si alguna de mis preguntas te parece… incorrecta, pero Mark tuvo tiempo de hablar un poco, antes de morir. Parte de lo que me dijo puede parecer una fantasía, pero hay otras cosas que sí creo que son reales.

—Explícate, te lo ruego.

—Mark habló de dificultades con su socio. ¿Qué sabes, al respecto?

Mary Ann movió la cabeza.

—Últimamente estaban como el perro y el gato —respondió—. El pobre Mark tenía la seguridad de que Stuart, es decir, Stuart Kyne, su socio, percibía cantidades que luego no ingresaban en la cuenta conjunta de la sociedad. Por lo visto, actuaba con gran habilidad y no se le podía demostrar nada..,, pero el trabajo era el mismo y, sin embargo, los ingresos resultaban muy inferiores a los del año pasado.

—Sigue, por favor —pidió Baxter.

—Hace cuatro semanas, aproximadamente, discutieron violentísimamente, hasta el punto de que casi se pegaron. Mark me dijo, por la noche, que no podía continuar así por más tiempo y que iba a pedir la disolución de la sociedad. Pero, claro, estas cosas no , se pueden hacer en un solo día; había bastante dinero por medio y… Bien, los libros de cuentas y todo eso… Realmente, yo no entiendo apenas de negocios, pero me imagino que Mark no podía salirse de la sociedad como si fuese un divorcio en Las Vegas.

—Creo que te entiendo —dijo Baxter—. Entonces, decidió

esperar...

—Dijo que iba a dar una última oportunidad a Kyne y, por lo visto, se arreglaron las cosas. Parece ser que Kyne prometió reponer las cantidades apropiadas indebidamente, aunque no de golpe, y también aseguró que se enmendaría. Mark se tranquilizó ante esta solución y, aunque las relaciones seguían siendo tirantes, decidió continuar en la sociedad. Eso es todo lo que puedo contarte, Budd —concluyó la atribulada viuda.

Baxter se inclinó hacia adelante y palmeó la mano de Mary Ann.

—Gracias —dijo solamente.

—Budd, ¿por qué te interesa, a ti, este asunto? —preguntó ella.

—Mark era un buen amigo y me había llamado para pedirme ayuda. No lo dijo claramente, pero estoy seguro de que era así.

La entrevista con Kyne se imponía, después de lo que le había contado Mary Ann, pensó Baxter. Pero era ya un poco tarde y prefirió entrevistarse con el sujeto al día siguiente, en su propio despacho.

Al morir, Mark había hablado de un club de asesinos. Era una frase que había llamado poderosamente su atención. ¿Dónde estaba situado y quién había fundado ese club? ¿Cuáles eran sus miembros?

Quizá había alguien que podía responder a todas, o parte de las preguntas que ahora no tenían respuesta. Se llamaba Telly Speats, pero todo el mundo lo conocía por el sobrenombre de El Conejo, a causas de su hocico alargado, los dientes salientes y las orejas despegadas y un tanto picudas. Telly era hombre que podía decirle algo sobre el particular, estimó, cuando una hora más tarde entraba en el tugurio al que solía acudir frecuentemente.

Speats arqueó las cejas al verle aparecer.

—No le esperaba por aquí —dijo.

—Tampoco yo —contestó Baxter, a la vez que ocupaba el taburete contiguo—. Pide lo que te apetezca. El Conejo alzó una mano.

—Una bomba de neutrones, tú —ordenó al mozo.

—Va, Telly.

Speats se volvió sonriendo hacia Baxter.

—La recién aventada bomba de neutrones mata a las personas, pero respeta los edificios. La que me van a servir, mata los sentimientos, pero el consumidor queda intacto.

—Muy poético —comentó Baxter—. Telly, ¿qué hay del club de los asesinos? —inquirió.

El *barman* puso delante de Speats un vaso alto, lleno de un brebaje rojizo, con una gran cantidad de espuma en la parte superior. Speats tomó un largo trago y luego se limpió los labios con el dorso de la mano.

—¿Club de asesinos? —repitió—. Jamás he oído hablar de nada

semejante.

CAPITULO III

Baxter sabía que, para ciertas cosas, podía confiar sin duda en El Conejo.

—Un amigo mío murió y citó ese club antes de estirar la pata —dijo—. De modo que no hay por qué dudar de sus palabras.

—Quizá deliraba...

—Le habían colocado un trozo de plomo en la espalda.

Speats chasqueó los dedos.

—¡Ah! Fue el tipo que *apiolaron* en la puerta de su casa.

—Sí, Telly.

—Ese club es algo enteramente nuevo para mí —confesó Spearts —. Le aseguro que nunca había oído nada sobre el particular.

Baxter había ido preparado para la ocasión. Un rollo de billetes de a diez dólares, diez en total, cambió discretamente de manos.

—Despliega tus antenas, Telly —solicitó.

—Haré lo que pueda, pero ¿sabes, me huele a que ese club no es una organización a la que pueda pertenecer cualquiera?

—Pienso lo mismo.

—Debe de ser para gente de mucha pasta...

—La gente de mucha pasta tiene empleados y éstos, tarde o temprano, abren el pico.

Speats hizo un gesto de duda.

—Le llamaré cuando sepa algo —prometió.

Súbitamente, se oyó un agudo chillido de mujer, seguido de una obscena imprecación. Baxter y Speats volvieron la vista al mismo tiempo.

A unos pasos de distancia, un hombre y una mujer parecían enzarzados en una furiosa discusión. El hombre era un gigante, con barba recortada y camiseta a rayas. Ella vestía una blusa muy escotada y falda cortísima, abierta por el costado izquierdo. El pelo era casi blanco, de tan rubio, y las medias eran de un atractivo color negro. La abertura de la falda permitía ver el tirante del portaligas en ocasiones, según se movía la mujer.

A Baxter, aquel rostro le pareció conocido.

—Oye, Telly, ¿quién es la prójima?

—No me pregunte, es la primera vez que la veo aquí —respondió el confidente.

El barbudo alargó una mano hacia el desnudo brazo izquierdo de la rubia.

—Vamos, preciosa,, no me vengas ahora con remilgos. Te pagaré bien…

—No quiero acostarme contigo. ¿Crees que tengo ganas de que me contagie de sífilis?

El gigante se enfureció.

—¿Sífilis? ¿Sífilis yo, pedazo de puta? Ahora vas a ver quién es Kaspar Tassy… y antes de que te des cuenta, estarás en una cama, tripa arriba y abierta de piernas…

Tiró de la rubia hacia sí, pero, de súbito, ella ejecutó una impecable llave de judo. El gigante quedó repentinamente á sus espaldas y, antes de que pudiera reaccionar, ella le hizo volar por los aires, para acabar cayendo al suelo, en medio del jolgorio y la algazara de los circunstantes.

El barbudo, vomitando mil obscenidades, fue a levantarse, pero entonces el zapato de la rubia, de aguda puntera, le golpeó en el mentón. La pérdida de conocimiento para el hombre que decía llamarse Tassy resultó instantánea.

Sonaron aplausos y silbidos a dosis iguales. La rubia se inclinó, recogió el bolso, perdido momentáneamente durante la breve pelea y se encaminó hacia la puerta, con gran contoneo de caderas.

Baxter la alcanzó cuando ya estaba a punto de salir.

—Si no me equivoco, señorita, usted es Rhoda James —dijo.

Ella se volvió y le miró sonriendo.

—¿Cómo me ha reconocido? —preguntó.

—El rostro… y su fenomenal habilidad en las artes marciales —excplicó él—. ¿Puedo acompañarla? —solicitó.

Rhoda le miró de pies a cabeza.

—Pero sólo hasta la puerta de mi casa —accedió.

—No pido más… por el momento, señorita James.

Rhoda le entregó las llaves del coche, una vez fuera de la taberna.

—Conduzca usted, por favor. Yo me siento un poco nerviosa y no quiero tener tropiezos.

—Sí, resulta lógico. Y es una actitud muy prudente.

Baxter abrió la portezuela del lado derecho y, una vez acomodada Rhoda en el asiento, pasó al otro lado. Cuando daba el contacto, vio que ella se quitaba la peluca de color rubio platino.

—¡Uf! Me estaba sofocando —exclamó.

—Su aspecto cambia bastante, en efecto —dijo Baxter, atento al tránsito—. Casi la he reconocido más por su forma de actuar que *jpor* la cara. Además, las ropas también cambian lo suyo. No la había visto más que con las que usaba en el entrenamiento y…

—Y se sorprendió de verme allí —dijo Rhoda riendo, a la vez que sacaba un cigarrillo, para ponérselo en los labios espesamente

pintados.

Un semáforo en rojo obligó a Baxter a detener el coche. Bajó la vista y contempló las piernas de Rhoda, que la cortísima falda dejaba al descubierto hasta cerca de las caderas.

—No es su ambiente —opinó.

—Ciertamente, no, pero si quiero información por mí misma, debo actuar como una profesional.

—¿Información? —se extrañó Baxter.

El semáforo cambió a verde.

—Bueno, digamos que quiero conocer ciertos ambientes... No voy a venir con traje de chaqueta, falda hasta las rodillas y zapatos de puntera cuadrada y medio tacón. A ese sitio del que acabamos de salir no acuden las mecanógrafas precisamente.

—Entonces, ¿qué buscaba?

—Soy escritora. Necesitaba un poco de ambiente a lo vivo.

—Ah...

—¿Y usted? Todavía no me ha dicho su nombre.

—Baxter, Budd Baxter. Yo no soy escritor.

—Policía.

—Tampoco.

—Detective privado, entonces.

—Así, así...

Rhoda se echó a reír.

—No le preguntaré más; no debe traicionar la confianza que su cliente depositó en usted... De modo que asiste al mismo gimnasio que voy yo...

—Hace algunos años, señorita James. Pero nunca la había visto hasta ayer.

—En lo sucesivo quizá me vea más, señor Baxter.

Media hora más tarde, Baxter detuvo el coche. Rhoda exclamó:

—¡Pero si conoce mi dirección!

Baxter se volvió hacia ella sonriendo.

—¿No le he dicho antes que soy investigador? Cuando la vi por primera vez, me picó la curiosidad. Aunque no llegué a imaginarme que fuese escritora.

Abrió la portezuela y saltó del coche.

—Quizá un día sienta le tentación de jugar un par de asaltos con usted —añadió.

Rhoda hizo aletear sus pestañas.

—Será un placer —aseguró.

* * *

Stuart Kyne era un hombre cercano a los cuarenta años, con una costosa corbata de seda, y camisa del mismo tejido. Usaba lentes con

cerco de oro y su aspecto era el típico en un próspero hombre de negocios. Pero la expresión era la de un sujeto astuto y taimado, en el que no se podía confiar demasiado.

Sentado detrás de su mesa, juntó las yemas de los dedos mientras miraba no demasiado penetrantemente al hombre que estaba frente a él.

—Bien, admito que no me porté del todo bien con el pobre Mark —dijo, después de que Baxter hubiera expuesto sus pretensiones—. Pero de ahí a intentar su asesinato... ¡Dios santo!, es la última cosa que se me ocurriría en este mundo.

—Había unas decenas de miles de dólares que no aparecían por ninguna parte —le recordó Baxter, fríamente.

—Para ser exactos, ciento ochenta y siete mil cuatrocientos veintiséis —puntualizó Kyne—. Era dinero que debía haber sido ingresado en las cuentas conjuntas de la sociedad y del que, lo reconozco, me apropié para otras inversiones particulares mías. Pero, como le prometí al pobre Mark, devolveré ese dinero hasta el último centavo... y todavía haré más.

Kyne se llenó los pulmones de aire.

—La sociedad se fundó bajo la estipulación de que si uno de los dos socios fallecía, quedaría de propiedad del otro, el cual se encargaría de indemnizar a los herederos del fallecido. Pero una indemnización no tiene el mismo valor que la mitad del activo, que debía pasar a mis manos.

—Ha dicho debería —exclamó Baxter, sorprendido por la forma verbal que empleaba su interlocutor.

—Justamente. Si me atuviera a las reglas del pacto, todo el mundo podría pensar que yo hice asesinar a Mark, para quedarme con el negocio. No es así, lo juro por Dios... pero, como en ocasiones, los juramentos no son creídos, he decidido que Mary Ann se convierta en mi asociada, en las mismas condiciones de su difunto esposo. Señor Baxter, quizá le interese saber que el activo de la empresa rebasaba holgadamente la nada desdeñable suma de dos millones de dólares.

Baxter hizo un gesto con la cabeza.

—Un negocio floreciente, no cabe la menor duda —calificó.

—No quiero que nadie tenga dudas de mí. Aquel dinero fue para... inversiones ajenas a la sociedad...

Baxter miró la frente del individuo, cubierta de minúsculas gotitas de sudor. «Te he calado, pollo. Ese dinero era para alguna fulana y Mark lo descubrió y...»

¡Bah! No valía la pena seguir pensando. Kyne no era lo suficientemente valeroso como para hacer que mataran a su socio. Y si ahora accedía a que Mary Ann sustituyera a su esposo, era por puro miedo. Baxter se dijo que si Mark hubiese muerto en un accidente de

coche, Kyne habría aplicado estrictamente las reglas del pacto.

Se levantó, pasó la mano sobre la mesa y estrechó la de Kyne.

—Gracias, he tenido mucho gusto —se despidió.

Cuando salía, se limpió la mano con el pañuelo. La secretaria, una espléndida rubia, de grandes y abundosos pechos, le miró maliciosamente.

—Al jefe le sudan siempre las manos —dijo.

—*¿Cómo* lo sabe? —preguntó Baxter.

—Adivínelo —contestó ella.

Baxter sonrió.

—Quizá un día quiera demostrarle que a mí no me sudan las manos —murmuró.

—En tal caso, ya sabe dónde me tiene, señor Baxter.

—Sí, lo sé.

Apenas estuvo en la calle, Baxter hizo una llamada telefónica. Jarrel Wanderer se extrañó de su petición, pero acabó por acceder a lo que le solicitaba su amigo.

—Mañana, a las diez —dijo Wanderer.

—O. K. —contestó Baxter.

* * *

El coche se detuvo junto a la verja que ahora debería estar cerrada, si »la casa no hubiera sido destruida totalmente por un devastador incendio. Baxter y su amigo el corredor de fincas, se apearon del coche y cruzaron la entrada.

El jardín había estado ya muy descuidado antes del incendio. Después, con la actuación de los bomberos, había quedado prácticamente arrasado, a excepción de unos cuantos robles que, por alejados de la casa, no habían sufrido los efectos de las llamas.

En el centro del rectángulo de mampostería y reja de hierro, que marcaba los límites de la propiedad, se veía otro, menor, completamente negro. En completo silencio, Baxter avanzó por el sendero central, lleno de huellas de todas clases, y se detuvo en el mismo borde de la zona de cenizas.

Algunas de las paredes se habían derrumbado, debido al intensísimo calor generado por las llamas. Una solitaria chimenea, completamente negra, se alzaba al cielo, como un dedo acusador contra los que habían destruido un ambiente amable y acogedor. Si en aquella casa se había realizado alguna acción ilegal, ya no quedaban rastros que pudieran demostrarlo.

—Una catástrofe, Budd —gimió Wanderer—. Una completa catástrofe. Nadie querrá comprar ahora el solar... A los precios que está ahora la construcción, resultaría ruinoso edificar aquí...

—Calma, hombre, ya vendrán tiempos mejores. Jarrel, ¿sabes lo que yo haría si estuviera en tu lugar?

—No sé, no se me ocurre nada...

—Lo primero que haría sería limpiar por completo el solar. Barrería todo, absolutamente todo, excepto los robles. Luego haría que roturasen el suelo, dejando libres solamente los espacios para los senderos. Sembraría césped abundante... y pondría un cartel de anuncio con el SE VENDE. No tardarías mucho en encontrar un comprador, te lo aseguro.

—¿Tú crees? —dijo Wanderer, esperanzado.

—Al menos, inténtalo. La cara de una mujer resulta mucho más agradable cuando se ha arreglado. Al levantarse por las mañanas a veces, hay que volver la vista al otro lado.

Wanderer soltó una risita.

—Sí, tal vez convenga *maquillar* esto un poco... —De pronto, vio a su amigo que se adentraba entre las ruinas y se sintió extrañado—. ¿Qué haces, Budd?

—Aquí veo una máquina de escribir —contestó el interpelado—. Está calcinada, por supuesto, y el rodillo ha desaparecido. ¿Pertenecía al mobiliario de la casa?

—No, tal vez era del inquilino. Cuando alquilé la casa, hice una revisión a fondo de todas las instalaciones. No había ninguna máquina de escribir, Budd.

Baxter apreció que la máquina había llegado nueva a la casa. Sería interesante averiguar la identidad de su comprador, se dijo.

—Jarrel, ¿cómo se llamaba tu inquilino? —preguntó.

—P. Smith, eso es todo lo que sé.

—Hiciste el trato por correo, creo recordar.

—Así fue. Claro que antes alguien me preguntó por teléfono el importe y las condiciones del alquiler y yo le informé adecuadamente. Luego recibí una carta, con el dinero de un mes de renta. Cada mes le enviaba un recibo a un apartado de Correos... La cosa duró unos seis meses y era muy puntual en los pagos.

—Pero nunca lo viste personalmente.

—No.

—¿Ni se te ocurrió venir a visitarle?

—Hablé con él por teléfono y me dijo que todo iba perfectamente v que si se producía algún ligero desperfecto él mismo se encargaría de avisar al fontanero o al electricista. La verdad, Budd, yo me imaginé que el tipo no quería que le molestase. Y como pagaba bien y puntualmente, ¿para qué diablos acudir aquí sólo para recibir un desprecio?

—Sí, tienes razón —convino Baxter—. Jarrel, supongo que conservarás en tu oficina todo lo concerniente a P. Smith.

—Por supuesto. Quieres verlo, me imagino.

—Sí, Jarrel. Ahora me llevaré la máquina. El fuego no ha destruido los números de serie y...

Baxter se interrumpió de súbito. Parado junto al suyo, había otro coche que se le antojó sospechoso de inmediato.

La propiedad estaba rodeada por una tapia de piedra de unos setenta centímetros de altura, prolongada en una reja que alcanzaba hasta los tres metros. De este modo, era posible ver todo lo que pasaba fuera del recinto.

Y lo que vio Baxter fue el cañón de un riñe que asomaba por la ventanilla posterior del coche.

CAPITULO IV

La reacción fue instantánea. Saltó a un lado, cargó con el hombro contra Wanderer, y lo derribó al suelo lleno de hollín, cenizas y restos ennegrecidos. Simultáneamente, estalló la detonación.

El proyectil, alto, se perdió a lo lejos. Baxter temió más disparos, pero sólo hubo otro y no oyó el silbido de la bala. Casi en el acto, percibió el rugido del motor del coche que arrancaba a toda velocidad.

—¡Por todos los diablos, Budd! —exclamó Wanderer—. ¿Qué es lo que está pasando?

Baxter se puso en pie y empezó a limpiarse las ropas con las manos.

—Nos dispararon un tiro, aunque más bien presumo que el blanco era yo —contestó.

Todavía sentado en el suelo, Wanderer le miró con ojos desmesuradamente abiertos.

—U... un tiro...

—Sí, pero el arma no llevaba silenciador y al haber fallado el primer disparo, los tipos escaparon a toda velocidad. De lo contrario, nos hubieran enviado una buena rociada de balas.

Baxter se inclinó y tendió la mano a su estupefacto amigo.

—¡Han querido matarte! —exclamó Wanderer—. ¿Por qué?

—Supongo que alguien se sintió muy enojado al verme aquí. Quizá fuese P. Smith.

—Dios mío... Yo nunca imaginé verme metido en un asunto como éste... Budd, voy a largarme una temporada de la ciudad. No quiero líos, ¿comprendes?

—Descuida, Jarrel —sonrió el joven—. Los tiros eran para mí. Contigo no quieren nada. Anda, vamos.

Baxter recogió la máquina de escribir y echó a andar hacia la salida. Cuando llegaba al coche, vio algo que le hizo fruncir el ceño primero y reír después.

—Jarrel, supongo que tu rueda de repuesto estará en buenas condiciones —dijo.

—Claro, compruebo su estado con mucha frecuencia. ¡Oh, no! —exclamó Wanderer de pronto—. Se nos ha pinchado una rueda...

—No; son las consecuencias del segundo tiro —corrigió Baxter.

La máquina de escribir fue a parar al maletero. Wanderer era hombre muy pulcro y llevaba una bolsa con algunos utensilios de tocador, entre ellos un cepillo para la ropa, que les sirvió para quitarse

el hollín una vez terminada, la operación del cambio de rueda. En la caja había también un frasco con agua de colonia, que utilizaron para lavarse las manos. Ya aseados, emprendieron el viaje de regreso.

Sólo se detuvieron una vez, en un supermercado, en donde Baxter compró una bolsa para la máquina de escribir. Luego continuaron directamente hasta la oficina de Wanderer, a la que llegaron poco antes de mediodía.

Wanderer abrió la puerta. Apenas había dado un par de pasos, se detuvo en seco, a la vez que lanzaba una exclamación de horror.

—¡Janie, Janie! —gritó—. ¡Oh, Dios míos, la han asesinado...!

* * *

Por encima del hombro de su amigo, Baxter vio la figura de una mujer caída en el suelo, con unas manchas de sangre en la cabeza. Vagamente se dio cuenta, también, de que la oficina era un puro revoltijo de papeles v cajones de archivo esparcidos por todas partes, pero, en aquellos momentos, lo que más importaba era el estado de la secretaria de Wanderer.

Mientras corría hacia la mujer, señaló el teléfono:

—¡Rápido, llama a la policía! —indicó—. Pídeles también que envíen una ambulancia con un médico. ¡Vamos —rugió—, reacciona, hombre!

Wanderer salió de su estado de atontamiento y corrió al teléfono. Mientras, Baxter se había arrodillado al lado de la secretaria.

Un rápido examen le indicó que el pulso era normal y que la sangre de la cabeza se debía al golpe recibido, sin duda para atontarla y evitar que impidiera el asalto. Sin embargo, levantó uno de sus párpados y observó que el diámetro de las pupilas era normal, lo cual indicaba la ausencia de una conmoción cerebral grave.

La respiración era, asimismo, normal. Baxter encontró un cojín, que puso debajo de la cabeza de la secretaria. Luego fue al lavabo y trajo una toalla mojada.

Janie abrió los ojos a los pocos momentos.

—Señor Wanderer...

—No hable, Janie; ya hemos llamado a una ambulancia —dijo el interpelado.

—¿Cuántos fueron? —preguntó Baxter.

—Dos... No los conocía, no los había visto... Vinieron para pedir informes sobre una casa... Uno de ellos me atacó de repente con algo que sacó de su bolsillo... Ya no recuerdo más...

Baxter apretó los labios.

—¿Tuvo tiempo de fijarse en el aspecto de los tipos?

—Uno era de mediana estatura, ojos saltones... Me pareció que cojeaba un poco...

—Está bien, no se fatigue más —Baxter dirigió una sonrisa de ánimo a la dolorida secretaria—. Por lo que yo sé, sólo tiene un buen porrazo. Con un par de días de cama en el hospital, quedará como nueva.

La toalla mojada parecía haber aliviado bastante a Janie, quien se esforzó por sonreír. Ya se oía, acercándose, el ulular de una sirena.

Baxter se volvió a continuación hacia su amigo.

—Cuando se hayan ido los policías, procura averiguar qué es lo que te falta, aunque harto me imagino que ya no encontrarás nada referente a P. Smith.

—Se han llevado también una pequeña caja de metal, que contenía algunos cientos de dólares. Yo solía tener ese dinero aquí, para atender pequeños pagos...

—Sí, resulta lógico que hayan querido dar la impresión de que fue un asalto realizado por unos ladrones vulgares —convino Baxter, pensativamente.

Pero, en medio de todo, podía sentirse satisfecho, ya que contaba con dos pistas: la descripción que Janie había dado de uno de sus asaltantes y la máquina de escribir, a la que el fuego no había podido borrar los números de serie.

* * *

—Todavía no he podido saber nada —dijo El Conejo, en respuesta a la pregunta que Baxter acababa de hacerle—. Nadie ha oído hablar jamás del club de los asesinos. Oiga, ¿no se lo habrá inventado usted?

—En todo caso, mi amigo Lackland —repuso Baxter, mientras se acercaba un cigarrillo a los labios—. Bien, sigue tendiendo las antenas y ahora, dime si conoces a un tipo de mediana estatura, ojos saltones y que puede que cojee un poco.

Speats cerró los ojos, para concentrarse en su memoria. AI cabo de unos momentos, hizo un gesto negativo.

—No, no lo conozco, pero eso es más sencillo que el club —dijo.

—Está bien. No dejes de llamarme cuando sepas algo.

Baxter dejó un billete sobre el mostrador y se apeó del taburete. Una mujer, con una enorme peluca de color rojo fuego y una delgada estola de plumas del mismo color, que hacía ondear insinuantemente con la mano derecha, se le acercó sonriendo de modo profesional.

—Si buscas algo bueno, aquí lo tienes, guapo —dijo. Baxter pellizcó a la mujer en una mejilla. —Otro día, nena —rechazó la oferta. Salió a la calle y lanzó un suspiro. Había recorrido durante el día la mayor parte de las tiendas donde vendían máquinas de escribir y material para oficina. Hasta ahora, en ninguno de los lugares visitados habían podido darle la menor pista sobre el particular.

Tendría que seguir buscando... pero la máquina de escribir era un tipo muy popular, barata, una portátil que tanto podía haber sido comprada en Nueva York como en cualquier otra parte del país. De pronto, algo interrumpió sus melancólicas reflexiones.

Dos hombres se situaron a ambos lados. Antes de que pudiera hacer nada, se sintió izado a pulso y sus pies quedaron a unos centímetros del suelo.

—No te canses —dijo uno.

—El suelo es muy áspero y desgasta rápidamente las suelas de los zapatos —añadió .el otro irónicamente—. Nosotros queremos evitarte desperfectos en el calzado.

Baxter miró sucesivamente a los dos sujetos, hombres duros y capaces de cualquier cosa. Seguramente, ahora le llevarían a algún coche y...

Sus presentimientos se hicieron realidad en parte. Medio minuto más tarde, se adentraron en un oscuro callejón. Un gato huyó bufando por verse obligado a abandonar el banquete que se daba con uno de los cubos de basura. Al fin, la pareja de matones se detuvo en el punto más oscuro del callejón.

—No lo tome a mal, amigo —dijo uno de ellos, a la vez que situaba a Baxter contra la pared de ladrillo—. No es cosa personal.

—Ya; les pagan por hacerlo.

—La vida está tan difícil hoy día...

—Sí, y para este cochino oficio no hay subsidio de paro, ¿verdad?

El hampón se volvió hacia su compañero.

—Oye, este tipo tiene un humor excelente —dijo—. Da pena tener que zurrarle...

—Vamos, déjate de tonterías —gruñó el otro—. Acabemos la faena cuanto antes.

—Esperen un momento, hombre —exclamó Baxter—. Si de lo que se trata es de ganar dinero, yo puedo aumentar sus fondos económicos. ¿Cuánto les han pagado por apalearme?

El instinto le decía que aquellos dos sujetos no formaban parte de la banda que había incendiado la casa de la Avenida Grayson y luego había asaltado la oficina de Wanderer. Eran simples matones, contratados para una determinada tarea. Alguien les había dado un puñado de billetes y señalado a la víctima, así de sencillo.

—Mire, nosotros somos honrados en los tratos... —¿Lo serían si les diese doscientos a cada uno? El sujeto titubeó.

—Oye, Mace, ¿qué te parece? Si dice la verdad, vale la pena, creo yo.

—Que nos enseñe primero la pasta —rezongó el llamado Mace.

—Bien, pero antes voy a registrarle; no sea que se le ocurra

sacar un arma y nos dé un disgusto.

—Nunca llevo armas —declaró Baxter. Pero se dejó registrar y luego sacó un rollo de billetes—. ¿Quién se lo ordenó? —preguntó.

—Oiga, eso no entra en el trato...

—Ah!; de modo que sólo quieren el dinero, pero no van a decirme quién les contrató

—No somos unos *chivatos,* entiéndalo bien, amigo.

—Entonces, no habrá dinero.

—Se lo quitaremos —aseguró Mace.

De pronto, Baxter alzó la mano hacia arriba y soltó los billetes, que se esparcieron revoloteando por el aire. El callejón estaba oscuro para el recién llegado, pero una vez habituados los ojos a las tinieblas se veía bastante bien y era posible desenvolverse sin dificultad. La lluvia de billetes obró a modo de revulsivo en los dos hampones.

Mace olvidó su mal humor y empezó a moverse aquí y allá, para recoger el dinero. Su compañero no se quedó atrás. Baxter sonreía, mientras pensaba cuál de los dos debía quedar fuera de combate en primer lugar.

Eligió a Mace. El sujeto gruñó al sentir un vivo dolor en la nuca, pero perdió el conocimiento instantáneamente. Baxter le había aplicado un seco golpe con el filo de la mano, aprovechando el instante en que se hallaba agachado casi a sus pies. El otro oyó ruido y se volvió, a tiempo de encontrarse con una rodilla en la boca.

El hampón cayó de espaldas, pero se levantó en el acto, ágil como un gato. No obstante, había perdido ya la iniciativa y Baxter lo recibió con dos golpes secos y rápidos a los costados, ambos con los filos de las manos. Los ojos del hombre se llenaron de lágrimas y tuvo necesidad de apoyarse en la pared, para no caer al suelo.

—Maldita sea... —jadeó.

Baxter se le echó encima. Puso su rodilla derecha en la entrepierna del sujeto, sosteniéndose con un solo pie, y apoyó el pulgar en la garganta, bajo el mentón.

—Puedo hacerte mucho daño —dijo a media voz.

Los ojos del sujeto se desorbitaron.

—No... Le diré...

—¿Qué me dirás?

—Nos pagaron... Cien a cada uno. Teníamos que darle una buena paliza.

—Y decirme algo, sin duda.

—No; nos dijo que usted lo entendería...

—¿Quién os lo dijo?

—No sé el nombre.

—Pero le viste la cara al menos.

—Eso sí. Tenía los ojos muy saltones...

—Era un tipo altísimo —dijo Baxter engañosamente.

—¡Oh, no!, más bajo que usted. Y hasta cojeaba un poco...

—Gracias, eso es todo lo que quería saber.

Baxter se retiró un poco. El hampón se enderezó, pero, en el mismo momento, vio un codo que se elevaba hacia su mentón. Ya no se enteró de que se derrumbaba al suelo sin conocimiento.

Un suspiro de alivio se escapó de los labios de Baxter al verse libre de aquel compromiso. Los dos hampones podían haberle hecho mucho daño, pensó, mientras recogía los billetes esparcidos por el suelo.

Añadió un toque de humorismo a la operación y vació los bolsillos de los matones. Cuando se despertasen, maldecirían la hora en que se les ocurrió aceptar la proposición del Sapo Cojo, sobrenombre que Baxter acababa de dar al tipo de los ojos saltones y con dificultades para caminar.

Luego, silbando alegremente, abandonó el callejón

y emprendió el camino de vuelta a su casa.

Koye le recibió con cierto brillo de malicia en sus ojos oblicuos.

—¿El señor se ha puesto en campaña para resolver un caso o para elegir entre, supongo, dos hermosas mujeres? —saludó de buenas a primeras.

Baxter miró fijamente a su criado.

—Sospecho que he recibido dos llamadas telefónicas —dijo.

—El señor acierta —contestó Koye, a la vez que le tendía una libreta de notas—. Aquí están los nombres de las beldades.

—¿Cómo sabes que son hermosas, Tim?

—Tienen voz de mujer joven. Una mujer joven siempre es bella. La juventud, de por sí, ya es hermosura, señor.

—Filósofo estás, Tim.

—La vida es filosofía pura, señor. Y si no se toma así, entonces se convierte en un detestable valle de lágrimas, en el que sólo los optimistas saben encontrar el arco iris que nunca se disipa.

—¡Caramba, qué bonito! —exclamó Baxter—. ¿Te lo has inventado hoy?

—Las voces de esas encantadoras mujeres han sido la fuente de mi inspiración, señor —Koye volvió a inclinarse—. Pero le dejo solo, a fin de que pueda hablar cómodamente con las dos damas.

Baxter sonrió. Una de las llamadas había sido hecha por Rhoda James, quien le proponía un par de asaltos de entrenamiento en el gimnasio al que ambos solían acudir.

La otra llamada había sido hecha por una tal Sandra McCainn, a quien Baxter no conocía. Intrigado por la curiosidad, se sentó junto al teléfono y marcó el número indicado.

—Soy Baxter —dijo, cuando oyó una voz de mujer al otro lado

de la línea.

—¡Ah, señor Baxter, usted no me recuerda quizá...! Claro que cuando nos vimos no di mi nombre...

—¿Dónde nos hemos visto, señorita McCainn?

—En la oficina del señor Kyne.

Baxter guardó silencio un momento, mientras recordaba a la secretaria de busto opulento.

—Y, ¿dónde y cuándo podemos vernos de nuevo? —preguntó al cabo.

—Mañana, si no tiene inconveniente, en mi casa.

—Ningún inconveniente, señorita. ¿Dónde y a qué hora?

Sandra se lo dijo y Baxter prometió ser puntual. Luego, sus pensamientos se dirigieron hacia la escritora.

Sí, un par de asaltos en el gimnasio podían dar lugar a una amistad interesante.

* * *

Por la mañana, apenas se vistió, entró en el cuarto de comunicaciones, separado del resto de la sala por una pared móvil, que formaba parte de la decoración y cuya existencia era conocida por contadas personas.

Por medio de aquel cuarto de comunicaciones, en donde tenía líneas privadas de teléfono y televisión, entraba en contacto con Denis Gray, el director de la agencia Digest Press, empresa dedicada a recortar noticias y reportajes de personalidades con un mínimo de celebridad *y* a las que, mediante una cantidad, se les enviaba cuánto se publicaba acerca de ellos. Era un negocio que Baxter había fundado años atrás y que había adquirido un considerable desarrollo.

Una docena de chicas se dedicaban, prácticamente, a recortar cuantas noticias de interés aparecían en periódicos y revistas, y de todas ellas se hacían copias en microfilmes, que luego eran archivadas adecuadamente. Gray se había hecho cargo de la dirección de la agencia, con habilidad y eficiencia, de modo que Baxter ya no necesitaba intervenir en ella apenas para nada. Pero siempre le gustaba mantener el contacto con su director, hombre en el que podía confiar enteramente.

El rostro de Gray apareció en la pantalla a los pocos segundos.

—Ya me he enterado de tus andanzas —dijo—. Lo único que me extraña es que no me hayas llamado antes.

—Yo no he dicho nada...

—Pero mataron a un hombre en la puerta de tu casa. Era amigo tuyo y si eso no es suficiente para hacerte intervenir en el caso no lo hará nadie más.

—Brillante deducción —sonrió Baxter—. Eso me indica que se te

van pegando mis modales, Denis.

—Bueno, hasta el más tonto se lo habría imaginado... Qué quieres ahora, Budd?

—Informes sobre Rhoda James, morena, muy guapa, unos veintiséis años, escritora.

—Te llamaré cuando sepa algo.

—Gracias, Denis.

—¿Está relacionada con el caso?

—No, pero tengo curiosidad por conocer detalles suyos.

Baxter apagó el televisor. El encuentro con la escritora debía celebrarse a las once de la mañana. Eran las nueve, de modo que tenía tiempo para esperar la respuesta de Gray.

El informe deseado llegó minutos más tarde, por el teléfono normal.

—No tenemos nada de la señorita James —dijo Gray.

—Gracias, Denis.

—Tendrás que conseguir los informes por ti mismo.

—Sí, eso es lo que estoy viendo.

Baxter dejó el teléfono sobre la horquilla y se sentó en el diván. Durante un buen rato, permaneció en la misma posición, con los ojos cerrados.

Koye se asomó en una ocasión, lo vio sumido en profundas meditaciones y se retiró silenciosamente, para no molestarlo. Al cabo de un buen rato, Baxter se levantó y se cambió de ropa. Era preciso acudir a la cita con la escritora aficionada a las artes marciales.

* * *

Baxter atacó con el brazo derecho en alto, pero Rhoda se inclinó hacia adelante, para evitar el golpe, bajando la cabeza y colocó su pie derecho frente al derecho de Baxter, situando el izquierdo un poco más atrasado. De este modo, tenía ambos pies sobre el eje de desplazamiento del pie derecho de Baxter. Entonces, su cabeza entró en contacto con el pectoral derecho de Baxter y su mano derecha se situó sobre el abdomen masculino, mientras su brazo izquierdo rodeaba la cintura, hasta tocar el costado izquierdo. Dobló las rodillas, pero sin mover en absoluto el pie derecho, y se echó hacia atrás, en el eje del avance de Baxter. Entonces, Baxter cayó en volteo sobre el tapiz, un tanto oblicuamente, de modo que le resultaba difícil ponerse en pie con rapidez. Rhoda se levantó de un salto y quedó frente a él, con la sonrisa en los labios.

Baxter se incorporó a continuación, puso las manos sobre los muslos y se inclinó profundamente.

—Me siento muy honrado con esta derrota —confesó.

Rhoda le saludó también.

—La victoria resulta tanto más satisfactoria cuanto mejor es el adversario —contestó.

Luego se separaron. Baxter fue a la ducha y se colocó en el acto bajo el chorro de agua. Cuando estaba enjabonándose, entró Rhoda.

La joven se desnudó con toda naturalidad y abrió otro de los grifos. Baxter se quedó parado.

—¿Qué mira? —sonrió ella—. ¿Es que no ha visto nunca a una mujer desnuda?

Baxter hizo un esfuerzo.

—Con esa figura, no, nunca —confesó.

Rhoda empezó a enjabonarse.

—¿Por qué se ha dejado derrotar, señor Baxter? —preguntó, súbitamente. —¿Cómo?

—No, no trate de engañarme. Usted podía haberme vencido, pero prefirió aceptar la derrota. Su ataque fue realizado con la suficiente torpeza como para que un recién iniciado pudiera rechazarlo sin dificultades.

Baxter soltó una risita.

—No creí que fuese usted tan observadora —dijo—. Francamente, me pareció que se sentiría muy contenta si me ganase.

—Pues no, no lo estoy. No me gustan las victorias... ilegales.

—Lo siento. En otra ocasión le daré una nueva oportunidad.

—Si me promete que el encuentro sea a *cara de perro,* aceptaré. De lo contrario, le borraré del número de mis amistades.

Baxter cortó el aflujo de agua de su grifo y empezó a secarse.

—Me amenaza usted con un castigo peor que la misma muerte —dijo—. Por nada del mundo querría dejar de ser su amigo. Ello, además, me impediría ducharme en las mismas condiciones que hoy.

Rhoda le entregó una esponja.

—Fróteme la espalda, ¿quiere?

—Con mucho gusto.

Baxter volvió a mojarse, pero no le importó. Cuando ella terminó, puso ambas manos en su cintura y la besó suavemente en los labios, todavía húmedos.

—Estaré dispuesto para un nuevo encuentro cuando usted me llame —dijo.

Rhoda no pareció enojarse por el gesto. Envolvió su hermoso cuerpo en una toalla y salió de la ducha.

—Le llamaré —prometió.

Se separaron en el mismo gimnasio. Baxter pensó que se hallaba ante una mujer ávida de nuevas sensaciones. Ciertamente, Rhoda era muy hermosa, pero, le pareció, también fría y calculadora.

Debería andarse con pies de plomo en sus relaciones con la escritora. Nunca desdeñaba una aventura amorosa, pero la experiencia

le había enseñado a conocer un poco a las mujeres y lo que menos deseaba era complicarse la vida con una relación constante. Sentíase muy a gusto en su vida de soltero y, por el momento, no tenía intención de alterar aquel *status*.

* * *

A las siete en punto de la tarde, apareció en casa de Sandra McCainn, detrás de un monumental ramo de flores. La secretaria lanzó un gritito de alegría al verle v se abalanzó sobre las flores con la furia que un hambriento lo haría sobre una mesa preparada para un banquete nupcial. Después, miró a su invitado con ojos cálidos.

—Entre —dijo—. No sé qué decirle de las flores...

—No diga nada —sonrió Baxter—. Me basta con haber visto su cara de satisfacción, señorita McCainn.

—Por favor, llámeme Sandra.

—Cuando se dirija a mí, diga Budd, Sandra.

Ella rió un tanto estridentemente y dejó las flores en un jarrón. Luego entregó a Baxter un vaso alto.

—Ya tenía preparada la bebida —dijo él.

—Usted tiene cara de hombre puntual. Vamos, venga y siéntese aquí.

Aquí era un diván tapizado en un horrendo color rojo. Sandra se sentó con aparente indolencia, colocando las piernas bajo el cuerpo y adoptando la actitud más conveniente para hacer resaltar las abundantes líneas del pecho.

—Apuesto a que no ha adivinado todavía para qué le he citado en mi propia casa —dijo—. Sobre todo, si se tiene en cuenta que no prodigo esta clase de invitaciones.

—Tal vez es que me considera más guapo que otros —contestó Baxter, jovialmente. Sandra le miró críticamente.

—Como hombre, no está mal. Los he visto más atractivos, todo hay que decirlo.

—El verdadero atractivo de un hombre no está sólo en la apariencia externa, Sandra.

—Lo sé, Pero usted es algo más de lo que aparenta.

—¿Sí?

—Le diré una cosa: usted investiga la muerte del señor Lackland. ¿Me equivoco?

Baxter acercó el vaso a sus labios, pero no bebió.

—Sandra, ¿qué le ha hecho suponer tal cosa?

—A veces, conviene sumar dos y dos.

—Y se obtiene el resultado de cuatro.

—Invariablemente. Pero si es cierto lo que he dicho, tal vez le interese saber algo que me sucedió hace unas cuantas semanas. Más

bien un par de meses.

—Entonces, adelante.

—Hubo un tipo que intentó conquistarme. Confieso que me gustaba bastante y salimos juntos unas cuantas noches. Pero muy pronto pude darme cuenta de que era un detective privado.

—¿Cómo lo adivinó, Sandra?

—Por las preguntas que me hacía. Así logró enterarse de las desavenencias entre mis jefes. No le dije gran cosa, claro... pero al cabo de cierto tiempo, el tipo levantó el vuelo y ya no le he visto más.

—¿Sabes su nombre?

—Claro. Al menos, el que me dio, Rube Moran. Si era el suyo o no, es cosa que no puedo garantizar, Budd.

—Le vio varias veces... Entonces, puede describirlo...

—Medía cosa de metro ochenta, tenía el pelo muy rubio, pajizo, ojos azules... Oiga, parecía un galán de cine, se lo aseguro.

—Y luego la abandonó...

—Sin que, por fortuna, hubiese ocurrido nada. Lo intentó, pero yo me negué. No soy una mujer fácil, Budd.

Baxter la contempló durante unos instantes. Los senos, redondos, exuberantes, amenazaban desbordarse fuera del espacioso escote de la blusa.

—No me cabe la menor duda —sonrió—. ¿Puede decirme algo más, Sandra?

—Rube tenía un socio o quizá un compañero... No lo sé, no me lo presentó ni llegué a hablar con él, aunque los vi juntos un día que estábamos citados. Fue sólo una ocasión y el cojo se marchó inmediatamente, sin que Rube nos presentara.

Una especie de timbre de alarma empezó a resonar en el cerebro de Baxter.

—¿Ha dicho cojo, Sandra?

—Sí, con los ojos muy saltones... ¿Lo conoce usted?

—No, pero me han hablado de él. Continúe, por favor.

—Bien, eso es todo. Ya le he dicho todo lo que sé.

Baxter tomó un sorbo del contenido del vaso y se puso en pie.

—¡ Eh! —dijo Sandra—. ¿Se marcha?

—Claro. Yo no quiero ofenderla con proposiciones que le resultarían desagradables. Nunca las hago a una mujer que no es fácil.

Ella movió el índice, con gesto significativo.

—Antes hemos acordado que la verdadera calidad de un hombre no está sólo en su apariencia —murmuró.

—Sí, algo hemos dicho sobre el particular.

—Entonces, déjeme comprobarlo…

Baxter se había sentado de nuevo. Sandra se arrojó repentinamente sobre él, buscando su boca con verdadera voracidad.

Al cabo de unos momentos, Sandra, sonriente, pero sofocada, se separó de su invitado.

—La primera prueba es muy satisfactoria —dijo.

—Podemos hacerlas todavía más intensas —sonrió Baxter.

Sandra se levantó y agarró su mano y tiró de él hacia el interior del departamento.

—Sigamos haciendo pruebas —accedió.

CAPITULO V

El atildado dependiente examinó el trozo de papel que le tendía Baxter y luego de una rápida reflexión, dijo:

—Consultaré en el libro, señor. —Gracias.

Momentos después, el empleado regresaba con un libro en las manos.

—La máquina que le interesa a usted fue vendida el día diez de febrero de este año al señor R. Moran. Se hizo el pago al contado y en la factura figuraba como domicilio el setecientos veintisiete de la calle Treinta Oeste.

—Muchas gracias, amigo,

Baxter volvió a la calle. Después de días y días de incesantes pesquisas, había conseguido dar por fin con la identidad del dueño de la máquina.

R. Moran... Rube Moran, el supuesto detective que había estado adquiriendo información sobre su amigo Mark Lackland.

¿Para qué había utilizado aquella información?

En su agonía, Mark había mencionado un club de asesinos. Si pudiera dar con alguno de los miembros de aquel siniestro club...

Pero si la existencia de la horrible sociedad era cierta, resultaba de todo punto inevitable pensar en la absoluta discreción de todos sus miembros. Y tenían que ser discretos a la fuerza, y hasta tal punto, que un hombre ordinariamente bien informado de muchas cosas, como Telly Speats, no podía proporcionarle el menor dato sobre el particular.

Era cuestión de paciencia, se dijo, mientras conducía su coche hacia el domicilio indicado por Moran.

Media hora más tarde, entraba en una casa de apartamentos, de discreta apariencia. El conserje le atendió con toda corrección al ver que se le acercaba.

—¿Señor?

—Busco a un tal Moran, Rube Moran —dijo Baxter.

—¿Moran? —El conserje hizo un gesto negativo—. No lo conozco, señor.

—Me dijeron que vivía aquí...

—Tal vez sea nuevo y no lo recuerde aún... Un momento, consultaré el registro de inquilinos.

Baxter aguardó pacientemente. Al fin, Volvió el conserje.

—Lo siento, señor; sin duda le han informado erróneamente.

Jamás hemos tenido en esta casa a un inquilino llamado Rube Moran.

—Es posible que utilizase otro nombre. En febrero, ya dijo que vivía en esta casa. Es alto, de pelo muy rubio, ojos azules...

El conserje insistió en sus negativas.

—Lo lamento. El señor Moran no ha vivido aquí jamás... y yo ya llevo diez años en el empleo. Tendría que conocerlo, como conozco a todos los restantes inquilinos.

Baxter ocultó su decepción tías una sonrisa de circunstancias.

—Ha sido usted muy amable —se despidió.

«Claro, ¿qué esperabas? Comprar una máquina de escribir barata es cosa fácil. Rube Moran se dejó tomar el nombre y ta dirección, porque sabía que, por lo menos, la dirección era falsa. Incluso es posible que también el nombre sea inventado», pensó, mientras se sentaba tras el volante del coche.

Un poco más adelante, creyó que le seguían.

El coche era de color azul claro y había dos individuos en el asiento delantero. Efectuó un par de maniobras y el coche azul las imitó puntualmente.

Era una lástima, se dijo, no encontrarse en un lugar con menos densidad de tráfico. En el atestado Nueva York, debía resignarse forzosamente a ser seguido, sin poder hacer nada por evitarlo.

De pronto, se encendió la luz roja de un semáforo.

Baxter paró el coche. El azul se situó a su izquierda.

Volvió la cabeza. Algo saltó en su pecho. Los ocupantes del coche perseguidor eran Rube Moran y El Sapo Cojo.

Pero, de súbito, vio al tipo de los ojos saltones que ejecutaba una extraña maniobra.

Por la ventanilla del lado derecho, que era el lugar que ocupaba El Sapo Cojo había hecho asomar una revista. Debajo había una pistola.

Baxter se lanzó desesperadamente debajo del asiento. El fragor del tráfico incesante impidió oír los dos leves chasquidos emitidos por el arma provista de un silenciador.

Luego oyó el rugido del coche azul al arrancar, una vez abierto el semáforo. Baxter se enderezó y pisó el acelerador, pero, inmediatamente, su coche empezó a dar bandazos. Otros conductores tocaron el claxon alborotadamente. Con grandes penas y fatigas, Baxter, al fin, consiguió arrimar el coche a la acera.

Un policía se le acercó, cortés.

—Ha tenido un pinchazo, señor —dijo.

—Sí —mintió Baxter.

—Le ayudaremos a cambiar la rueda —se ofreció el guardia, que pertenecía a la dotación de un coche patrulla, estacionado en las inmediaciones.

—Son ustedes muy amables —sonrió Baxter.

No había sido un pinchazo, sino un tiro dirigido a la rueda delantera izquierda. El Sapo Cojo le había visto esquivar el primer disparo y, como en la anterior ocasión, en la casa de la Avenida Grayson, había tirado seguidamente a la rueda, para evitar la persecución.

Lo cual le hacía saber una cosa con meridiana claridad: estorbaba.

Y estorbaba tanto, que los miembros del club de los asesinos estaban dispuestos a borrarle del mundo de los vivos.

«Claro —se dijo más tarde, mientras, reparada la avería, continuaba su ruta—. ¿Podría esperarse otra cosa de un club con esa denominación?»

* * *

John Fradd se sentía satisfecho de la vida. Tenía un negocio próspero y una mujer hermosa y amante, y una residencia en la que el lujo demostraba bien a las claras su elevada posición social y económica. A los treinta y siete años, Fradd tenía motivos más que suficientes para sentirse optimista y risueño ante su porvenir.

Lo que Fradd ignoraba, en el momento en que regresaba a su casa tras la jornada cotidiana, era que no ya sus días, sino sus minutos, estaban contados.

Fradd residía en una hermosa villa, al otro lado del Hudson. Para llegar a su casa tenía que atravesar un pequeño puente, que salvaba un arroyo casi siempre seco. A Fradd, con las ansias de reunirse con su bella esposa, el gustaba cubrir siempre, las últimas millas a buena velocidad.

De repente, cuando ya estaba en las inmediaciones del puente, oyó un estampido.

La rueda delantera derecha se quedó instantáneamente sin aire. El automóvil se desvió hacia la derecha. Fradd intentó desesperadamente corregir el desvío, pero ya no podía hacer nada por evitarlo.

Lanzado a ciento veinte kilómetros por hora, el coche saltó al barranco. Descendió dando enormes saltos, llegó al fondo y, arrastrado por la inercia de la misma velocidad, pareció como si fuese a remontar la aguda pendiente del otro lado. Incluso llegó a subir una docena de metros.

Pero alcanzada la cota máxima, el coche se empinó y volteó hacia atrás, girando sobre la cola. Luego cayó con las ruedas hacia arriba y se arrastró así, sobre el techo, hasta detenerse en el fondo de la hondonada.

Fradd ya no pudo ver nada, no pudo ver al hombre que salía a la

carretera y retiraba precipitadamente unas cuantas tachuelas que habían sido colocadas antes de la llegada de Fradd a aquel punto.

Luego, el asesino, discretamente, se esfumó de aquel paraje, antes de que llegaran los primeros curiosos, atraídos por el estruendo del accidente.

Días más tarde, un hombre llamado Baraard Farrow, recibió una carta:

«Enhorabuena, amigo. Ha conseguido usted lo que deseaba, pero el precio de su victoria serán cien mil dólares, en billetes de cinco y diez, los que deberá introducir en una cartera de mano tipo «McDwight & Cárter», de color marrón claro. Exactamente dentro de ocho días, a las cuatro en punto de la tarde, acudirá usted al Sally's con dicha cartera. Alguien se situará a su lado, con otra cartera análoga. No le hable ni le dirija la palabra, ni haga el menor gesto.

»Si trata de engañarnos, no vivirá lo suficiente para ver la llegada del nuevo día.»

Farrow respingó ligeramente al enterarse de la cifra que debía pagar por su asesinato. Pero, pensando en el botín de la victoria, decidió que era un precio barato.

Por supuesto, tenía muchas ganas de vivir. Especialmente, si pensaba en la hermosa señora Fradd.

* * *

Prudente y discreto, Baxter había decidido dejar pasar algunos días en la inactividad. Una especie de oscuro instinto le decía que, si se estaba quieto, Moran y El Sapo Cojo le dejarían en paz. Era, pues, preciso, engañarlos con un supuesto abandono de sus investigaciones.

Incluso hizo un viaje de dos semanas a Florida, como si se tomase unas vacaciones. Al regreso, se encontró con algunas llamadas telefónicas, recogidas por su criado.

Una de ellas era de Rhoda James, la escritora. La otra era de Speats.

Decidió hablar primero con el confidente.

—Tengo algo para usted —dijo Speats.

—Espero que sea interesante, Telly.

—Lo es. Venga a verme a las cuatro...

—Sí, pero en otro sitio. ¿Conoces el Sally's?

—Creo que sí...

—Entonces, a las cuatro.

—De acuerdo.

Acto seguido, Baxter llamó a la escritora.

—He estado de vacaciones en Florida —manifestó.

—¿De vacaciones o trabajando?

—Pongamos mitad y mitad. Era un asunto sencillo, lo despaché

en cuarenta y ocho horas y aproveché para disfrutar unos días más.

—Es usted un tipo con suelte. ¿Cuándo viene a tomar una copa conmigo?

—Ahora sí que puedo aceptar lo de tipo con suerte —rió Baxter —. Yo pensé que iba a desafiarme a un nuevo encuentro en el gimnasio.

—Dejémoslo para otra ocasión. Además, la invitación no es desinteresada.

—¡No me diga! Y yo que me había hecho tantas ilusiones...

Baxter oyó la risa argentina de la escritora.

—Usted es detective privado —explicó Rhoda—. Por lo tanto, me interesa como tal. No olvide mi profesión.

—Está bien, aunque confío en que no me someta a un interrogatorio demasiado duro.

—¡Oh!; le prometo que no tendrá queja de mí. Las seis de la tarde, ¿le parece buena hora?

—Magnífica. Hasta entonces, Rhoda.

La escritora, pensó, era una mujer encantadora. Claro que no podía decirle que, en realidad, no era detective privado. Sólo intervenía en determinados casos y, en su mayoría, por iniciativa propia.

Y también por afán de justicia, se dijo, porque, de otro modo, no correría riesgos que podía muy bien eludir, con una vida tranquila y plácida, sin mayores complicaciones. Pero no podía consentir que la muerte de un buen amigo quedara impune. Alguien había asesinado a Mark Lackland y debía pagar por aquella muerte.

* * *

Cuando Baxter se sentó en uno de los taburetes, vio a su izquierda a un sujeto de unos cuarenta años, elegante y bien vestido, que tomaba apaciblemente un whisky. Al pie del asiento ocupado por aquel hombre, divisó una lujosa cartera de cuero, con herrajes dorados. «Ese tipo es medio tonto; como se descuide, le van a dejar sin la cartera antes de que tenga tiempo le estornudar», pensó.

Pero Speats estaba ya a su lado y dejó de ocuparse leí hombre de la cartera. Speats pidió un doble y sacó un cigarro que sujetó con los dientes, aunque sin llegar a encenderlo.

—Tengo una pista sobre El Sapo Cojo —bisbiseó el infidente.

—¿Cuánto? —preguntó Baxter en el mismo tono.

—Trescientos. Tengo que pagar la mitad a mi amigo.

—Un poco caro es, Telly.

—El asunto merece la pena, supongo.

—Sí, pero mi amigo no quiere soltar la lengua, si no ve antes la

«pasta».

—De acuerdo. Ahora iré al lavabo y contaré el dinero.

—Yo iré primero. Eche la pasta por debajo de la puerta del segundo compartimento. —Bien, ¿y después?

—Hablaré con mi amigo v le llamaré por teléfono.

—O. K., Telly.

Baxter se levantó en el mismo momento en que entraba un sujeto alto y delgado, de abundante cabellera negra y con gafas oscuras. El hombre se sentó a la izquierda del tipo de la cartera.

Pero el melenudo llevaba otra cartera idéntica. Baxter no dejó de reparar en el detalle, aunque simuló no haber visto nada.

Las dos carteras quedaron juntas en el suelo, un instante. Luego, el cuarentón distinguido se inclinó, recogió la otra cartera y se encaminó con paso natural hacia la salida.

A Baxter le entraron unos vivos deseos de intervenir en algo que parecía, por lo menos, sospechoso.

Podía tratarse de un asunto de espionaje o de contrabando pero en todo caso, no estaba relacionado con él. Speat había ido ya a los lavados y dejo de preocuparse de todo lo demás.

Trescientos dólares pasaron, momentos después por debajo de una puerta. Cuando abandonaba los lavados, Baxter oyó el ruido del agua al correr para limpiar el inodoro. Speats, se dijo, era hombre que estaba en todo.

Al salir al bar, vio que el hombre de la melena y las gafas negras había desaparecido. También había desaparecido la otra cartera.

CAPITULO VI

Rhoda le pareció más hermosa que nunca, vestida con un sencillo traje blanco, con escote en V que llegaba hasta la cintura. Baxter hubiera apostado a que el vestido era la única prenda que Rhoda llevaba sobre su bien formado cuerpo. Además, tenía el buen gusto de emplear un maquillaje muy suave: algo de sombra en los ojos y un ligero toque de color en los labios.

—Realmente, no necesita más —dijo.

—¿Cómo? —preguntó ella.

—Me refería al maquillaje. Ese aspecto tan esplendoroso le debe ahorrar mucho dinero en potingues y afeites.

Ella rió agradablemente.

—Sabe usted manejar muy bien el diccionario de elogios —dijo —. ¿Qué le apetece para beber?

—¿Piensa estimular mi memoria con el alcohol?

—No, hombre, pero el anfitrión debe ser siempre hospitalario con el huésped. ¿Le agrada el escocés o prefiere el *bourbon?*

—Soy ecléctico, Rhoda. Y moderado.

—Bien, entonces, calcularé la dosis justa —sonrió la joven.

Rhoda se acercó a la consola donde tenía el servicio de licores. Al hacerlo, pasó por delante de una gran lámpara de pie. Durante una fracción de segundo, Baxter contempló su silueta al trasluz y se confirmó en sus primeras apreciaciones. A excepción de un minúsculo pantaloncito, sin duda del color de la carne, Rhoda no llevaba más que el vestido y los zapatos.

Aceptó el vaso y se sentó en el diván. Ella no hizo frente a su invitado.

—Realmente —dijo—, no le llamé para que me contara algunas de sus experiencias. La verdad es que necesito de sus servicios, Budd.

Baxter arqueó las cejas.

—Nunca pensé que una joven tan hermosa pudiera tener problemas —declaró.

—El aspecto físico no tiene nada que ver con lo que hay debajo. Le seré sincera, Budd. Soy objeto de unj chantaje.

Baxter tomó un sorbo de la bebida. —¿Muy elevado? —Diez mil dólares.

—No es una cifra irrisoria, ciertamente. ¿Qué pasará si se niega a pagar?

Rhoda se levantó, fue a la consola, abrió un cajón y extrajo un

papel, que entregó de inmediato al joven,

—Lea —indicó.

Baxter tomó el papel. Después de enterarse del contenido, alzó la vista hacia la dueña de la casa.

—Aquí no se menciona gran cosa, excepto el hecho de pagar la suma solicitada, bajo la amenaza de revelar algo inconfesable. ¿Qué es, Rhoda? Porque si quiere que yo la ayude, deberá franquearse conmigo de un modo absoluto.

Ella se retorció las manos. Parecía muy agitada.

—Budd, se lo diré todo. James es mi apellido de soltera —exclamó.

—¡Oh> yo pensé que lo era...!

—Decidí utilizarlo de nuevo, después de la muerte de mi esposo. ¡Qh, fue una muerte y la investigación posterior me exculpó completamente...!

—Siendo así, no tiene nada que temer, Rhoda.

—Es que... La muerte de mi esposo no fue natural.

—¿Un asesinato?

—No. Suicidio. Pero yo estaba fuera de casa cuando murió. Pude probar mi coartada de forma irrefutable.

—En tal caso, insisto, no debe temer...

—Es que nos habíamos peleado violentamente. Esto es algo que nadie, sino el chantajista, sabe. Y dice que tiene fotografías de una de nuestras peleas, en la que se me ve pegando a mi esposo y él pegándome a mí. Mi marido tenía treinta y tantos años más que yo; ¿comprende?

—El tipo ése debía de ser un aficionado a espiar a la gente —rezongó Baxter.

—Seguramente. Pero si esas fotografías ven la luz pública, el fiscal ordenaría la revisión del caso. Podría ponerme en un serio aprieto... y la publicidad resultante, aunque luego se volviese a declarar mi inocencia, perjudicaría indudablemente mi carrera como escritora. ¿Sabe?, tengo ya buenas noticias de la novela que llevé últimamente para lectura..., pero el argumento es de gran ternura, muy sentimental... ¿Cómo se podría aceptar que una mujer acusada de asesinato escribiese sobre esa clase de temas?

—Sí, resultaría un tanto incongruente. Pero aquí, en la carta, no se dice nada sobre la entrega del dinero; Rhoda.

—Bueno, también indica que me llamara por teléfono para comprobar que he reunido esa suma. Entonces, me dará instrucciones para entregarla. A cambio de las fotografías, claro.

—Sí, suele suceder así —admitió Baxter—. Pero la pregunta, ahora, es: ¿Dispone usted de esa cantidad?

Rhoda asintió.

—Tengo unos once mil dólares en mi cuenta bancaria. Me quedaré poco menos que en la ruina, Budd.

—Y luego, el chantajista, seguirá extorsionándola... —dijo Baxter—. ¡No! ¡Hay que hacer algo para atraparlo! —exclamó, con repentina energía.

—Pero yo no sé... Quiero decir que si me atacaran violentamente, sabría defenderme. Sin embargo, no tengo ninguna experiencia en estos asuntos.

Baxter agitó un momento el papel en que había sido escrita la carta amenazadora.

—Déjemela —pidió—. Cuando la llame, dígale que tiene el dinero preparado y solicite instrucciones para la entrega. Yo me encargo del resto.

Rhoda le dirigió una mirada de agradecimiento.

—No sé qué decirle, Budd...

—No me diga nada y se quedará más tranquila

—exclamó él, de buen humor—, Sin falsa modestia, puede considerar su asunto como resuelto.

—Se lo agradeceré mientras viva.

—Entonces le deseo una vida eterna. —Baxter levantó su vaso—. Y ojalá se cumplan mis deseos, Rhoda.

Terminó el vaso y se puso en pie, sintiendo una ligera decepción al ver que Rhoda no le pedía que se quedase más tiempo. En cambio, la joven se le acercó para besarle suavemente en los labios.

—Por ahora, es todo cuanto tengo para pagarle —dijo cálidamente.

Baxter sonrió.

—Por ahora, es suficiente —contestó, con acento lleno de intención. Sí, era preciso tener un poco de paciencia. Rhoda no era mujer que se rindiese al primer asalto.

Pero estaba seguro de que acabaría rindiéndose.

* * *

Speats señaló con el pulgar la puerta que tenía a sus espaldas.

—Vaya por allí y busque la última puerta. Se llama Sid Hestley —indicó.

—Está bien.

Baxter echó a andar en la dirección indicada, rechazando al paso las obsequiosas atenciones de una rubia de pechos vacunos. Manoteó un poco para disipar las bocanadas de humo de unos tipos que fumaban sendos cigarros y cruzó la puerta que conducía a los reservados.

Sid Hestley era un sujeto de pómulos salientes y nariz de pico de buitre, con dientes amarillentos y saledizos. Vestía afectadamente una

chillona chaqueta a cuadros blancos, azules y marrones y la nuez salía casi tanto como la nariz del cuello de la camisa, adornado por un lazo de un horrible color verde.

—Me envía Speats —dijo Baxter, brevemente.

Hestley señaló una silla.

—Siéntese —invitó.

—Gracias, estoy bien de pie. Tengo algo de prisa, así que suelte pronto lo que tenga que decirme.

—Es más importante de lo que pensaba, amigo. Si quiere que se lo diga, le costará quinientos más.

Baxter parpadeó.

—Creí que habíamos hecho un acuerdo —objetó.

—Lo habrá hecho usted con Telly, pero no conmigo —respondió Hestley fríamente.

—De acuerdo, tendrá los quinientos, pero no soltaré la «pasta» si la información no lo vale. A Telly le conozco, a usted, no; esa es la diferencia.

Hestley pareció evaluar la respuesta. Al fin, hizo un gesto de asentimiento.

—Usted es persona de fiar —dijo—. Anda buscando un club de asesinos, ¿verdad?

—Bien, si ha hablado con Telly, no tengo por qué legarlo. ¿Qué sabe sobre el asunto?

—Debe de ser un club muy particular. ¿Recuerda el caso Stevenson? Murió atropellado por su mejor amigo. Dick Stevenson estaba borracho perdido y su amigo se dirigía a visitarle a su casa. Pero Stevenson no había «asado jamás por aquel lugar, hasta el día en que murió, claro. Ahora, el amigo se ha quedado con los negocios de Stevenson, por una cantidad ridícula. Y la empresa tiene un volumen de ventas que no baja de los diez millones al año, lo que significa un beneficio bruto de millón y medio o dos millones al año. Bonito negocio, ¿verdad?

»Segundo caso: Maureen McAllister, la fanática de la televisión, que se llevaba el televisor hasta el retrete. Murió electrocutada, porque el aparato, conectado, claro está, se le cayó dentro de la bañera. Un accidente doméstico, como otro cualquiera, salvo que se piense en lo que realmente sucedió. Encontraron el televisor en el regazo, no en los pies, como hubiera sido lógico, ya que ella solía situarlo en la repisa del final de la bañera. Un televisor no es cosa que flote mucho rato antes de hundirse y caiga lejos, del punto donde inició la inmersión. Mi opinión es que el marido se lo puso en un taburete, junto al borde de la bañera. Luego tropezó, o fingió tropezar, y el televisor cayó dentro del agua, electrocutándola. Una vez muerta, el esposo cambió de sitio el taburete, y, una hora más tarde, *extrañado*

de ver que su mujer no salía del baño, fue a ver lo que pasaba y se la encontró muerta. Entonces fue cuando llamó a la Policía... y así se libró de una mujer tacaña y heredó toda su fortuna; unos ocho millones de dólares.

«Tercer caso —prosiguió Hestley, imperturbable—. John Fradd, muerto por accidente de automóvil, a consecuencia del reventón de una rueda. Bernard Farrow acabará casándose con su viuda, de la que era amante hacía ya algún tiempo, una mujer sensacional. Y con bastante dinero también, todo hay que decirlo. Pruebas de mi afirmación: esta tachuela de cuatro puntas.»

Hestley arrojó sobre la mesa el objeto mencionado.

—La muerte de Fradd llamó mi atención y, cuando todo hubo pasado, acudí a investigar al lugar del accidente. Entre la hierba del borde del camino, encontré la tachuela, olvidada, sin duda, por el asesino, que debió de recoger todas las demás, después del accidente. ¿Valen estos informes los quinientos dólares?

—Un momento —dijo Baxter—. Usted ha hablado de un club de asesinos, pero suponiendo que esas muertes sean asesinatos, han sido cometidos por gente que no se dedica, precisamente, a matar personas por oficio. Por lo tanto, no veo que haya ningún club...

—Aguarde un momento, hombre. Usted se interesa por un tipo algo cojo y de ojos saltones.

—Sí, en efecto.

—Hacía años que no le veía. Su nombre es Emory Quinton y es especialista en asesinar a la gente de modo que parezca un accidente.

—¿Dónde está Quinton? —preguntó Baxter, con avidez no disimulada.

Hestley enseñó las vacías palmas de su mano.

—Ahí sí que no llego —contestó—. Le he visto un par de veces y he relacionado su presencia en la ciudad con esas tres muertes. Llevan el sello de Quinton, se lo puedo asegurar.

—Pero parece como si hubieran sido ejecutadas por los... beneficiarios de las víctimas.

—Bien, yo creo, y no es la primera vez que lo hace, que Quinton ha instruido a sus *clientes,* incluso preparándoselo todo, para quedar libre de culpa, en caso de que el asunto sea descubierto. Después de que lo vi, leí en los periódicos la muerte de Fradd. Entonces, empecé a investigar.., y ya conoce usted los resultados de mis pesquisas.

Baxter miró recelosamente al sujeto.

—¿Por qué ha venido a mí y no a la Policía? —inquirió.

—¿Me va a dar la Policía quinientos dólares por unos minutos de charla?

—He hecho una pregunta tonta —sonrió Baxter—. Pero ahora sólo le daré doscientos...

Hestley soltó una obscena interjección. Baxter era hombre normalmente moderado, pero el insulto le resultó insoportable v disparó su puño derecho contra la prominente nariz del soplón. Hestley cayó de espaldas, lanzando un aullido de dolor.

—No vuelva a decirme eso otra vez o le patearé algo que le convertirá en un eunuco —dijo Baxter, amenazadoramente.

Sacó el dinero, contó los billetes y se los tiró al individuo, entregado a la tarea de aliviarse el dolor de la nariz con la ayuda de un pañuelo.

—Ahí van los doscientos prometidos —añadió—. No quinientos, sino mil, es decir, ochocientos más, le daré cuando me informe dónde puedo encontrar a Quinton En el momento en que me diga: «Quinton está en tal sitio puede verlo a tal hora», tendrá el resto del dinero. ¿Entendido?

Hestley contestó con un gruñido de asentimiento. Baxter salió y se reunió con Speats.

—Tu amigo no tiene nada de simpático —dijo—. He tenido que sacudirle, aunque debo admitir que me ha dado unos informes muy interesantes.

—Fue detective privado, pero le retiraron la licencia. En medio de todo, no era malo, pero sus métodos…

—Ya, no tenían nada de limpios. Bien, si consigue lo que me interesa, tendré que hacer caso omiso de sus antecedentes.

—Lo conseguirá —vaticinó El Conejo con aire de absoluta seguridad en sus palabras.

Mientras regresaba a su casa, Baxter pensó en aquellas tres extrañas muertes, calificadas por la Policía como de sendos accidentes. Y, de repente, se acordó de su amigo Mark Lackland. ¿Había muerto a manos de su socio?

A Lackland lo había matado la bala de una pistola que, seguramente, tenía silenciador. Nadie había visto al asesino ni, lógicamente, oído el disparo.

Un crimen poco menos que perfecto… el crimen propio de un club de asesinos.

* * *

Rhoda le llamó dos días después.

—Ya tengo las instrucciones —dijo.

—Bien, cuénteme —solicitó Baxter.

—Debo reunir el dinero en billetes pequeños y formar un paquete que habré de envolver con la primera página del *New York Times,* precintándolo con cinta adhesiva de color rojo, A las ocho en punto de pasado mañana, habré de dejar el paquete al pie del pedestal de la estatua de Diana Cazadora, que hay en el parque central, y

precisamente en la cara norte. Me alejaré inmediatamente y regresaré treinta minutos más tarde. Entonces, en el mismo sitio, encontraré un sobre con las fotografías.

—Un plan muy inteligente, Rhoda —comentó Baxter—. Está bien, yo prepararé el paquete y se lo entregaré personalmente, mañana en el gimnasio. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Budd, pero, ¿qué hará usted...?

Baxter se echó a reír.

—Rhoda, permita que me refugie en el socorrido tópico del secreto profesional. Usted ocúpese de seguir puntualmente las instrucciones del chantajista; yo haré el resto.

—Conforme, Budd..

El lugar era el adecuado para una operación de esa clase, pensó Baxter dos días más tarde, apostado tras unos arbustos, a diez metros de la estatua. Era ya de noche y hasta allí llegaban muy atenuados los resplandores de la Quinta Avenida. Baxter se había apostado en el lugar de observación casi antes de que anocheciera, a fin de llegar incluso antes que el chantajista.

Rhoda debía dejar el paquete con el dinero en la cara norte del pedestal. Era lógico suponer que el chantajista se hubiese situado frente al sitio por donde ella pasaría, a fin de poder observarla con toda atención. Por tanto, Baxter se hallaba casi en el lado opuesto, hacia el sudoeste.

A las ocho en punto, Rhoda, modestamente vestida, pasó por la pequeña glorieta, y casi sin detenerse, se inclinó un poco para dejar algo al pie del pedestal. Luego se adentró en la oscuridad.

Pasaron algunos segundos. De pronto, un hombre surgió de las tinieblas y caminó con paso cauteloso hacia la estatua. Se inclinó, recogió el paquete y rasgó la envoltura para comprobar su contenido.

—No hay billetes —dijo Baxter, con voz enteramente natural.

El hombre, más alto y fornido que Baxter, se puso rígido un instante. Súbitamente, movió el brazo derecho en abanico. Su mano buscaba venenosamente la garganta del hombre que le había hablado tan inesperadamente.

Baxter apenas si tuvo tiempo de echar el cuerpo hacia atrás, a fin de evitar aquel súbito ataque que, de haber tenido éxito, habría acabado su vida instantáneamente. Porque, en la fracción de segundo que duró el movimiento del brazo, había visto un arma terrible en la manaza del chantajista.

Era un *shuko,* la manopla de cuero que, ordinariamente, tenía unas puntas de acero en forma de garra, sólo que el individuo había efectuado una variación en aquel arma oriental. En lugar de púas, había un semicírculo de acero, tan afilado como una navaja de afeitar.

El chantajista repitió su golpe. Baxter sintió rasgada la manga

izquierda de su chaqueta. Aquella, se dijo, era una lucha a vida o muerte.

El *shuko* se movió de nuevo, centelleantemente. Ahora buscaba la cara de Baxter, en un ataque de abajo arriba y de izquierda a derecha, como un manotazo de revés, ya que la hoja de acero estaba en el dorso de la manopla. Baxter se ladeó un poco y golpeó el musculoso antebrazo con toda la potencia de su mano derecha.

Pero el chantajista era, indudablemente, un hombre de gran vigor físico. El golpe debería haberle fracturado los huesos del antebrazo y no ocurrió así.

De nuevo atacó el chantajista, ahora buscando el vientre de Baxter, a la altura del cinturón. Baxter se dio cuenta de que un golpe certero podía echarle las tripas al aire. Pero cuando su adversario movía el brazo en semicírculo, le era forzoso completar el gesto antes de iniciar un nuevo ataque.

Baxter encogió el estómago y el *shuko* rasgó su camisa. En el mismo instante, disparó ambas manos y aferró con los dedos aquel antebrazo en el que un golpe demoledor no había causado el menor efecto.

Para el contraataque, aprovechó el propio impulso de su adversario y le hizo doblar el codo en ángulo recto. En una fracción de segundo, agarró sus cabellos y tiró hacia sí. El mismo chantajista se hendió la garganta con su propia arma.

Se oyó un inhumano gorgoteo. Baxter dio dos pasos hacia atrás. Delante de él un hombre que arrojaba caños de sangre por una espantosa herida, se tambaleó y cayó, finalmente, de bruces. Una última convulsión le hizo quedar boca arriba, mientras emitía horribles estertores, que se apagaban poco a poco.

Baxter trató de recuperarse. Sacó un fósforo, lo encendió y vio un rostro que le pareció conocido, aunque en aquel momento no recordaba dónde lo había visto antes. Vio el paquete con el supuesto dinero en el suelo y lo recogió, así como un sobre que encontró en uno de los bolsillos del muerto.

Era preciso no dejar pistas de su paso por aquel lugar. Esperaría a Rhoda en otro sitio, se dijo.

De pronto, oyó gemidos sofocados no lejos de aquel lugar.

Algo sucedía en la oscuridad. Aunque la voz estaba muy alterada, Baxter la reconoció de inmediato. A Rhoda le pasaba algo, pensó, mientras se lanzaba hacia adelante, para socorrer a la joven.

* * *

Atravesó los arbustos, atropellándolos como si fuese un carro de combate. Delante de él, un hombre, entrevisto apenas una fracción de segundo, se perdió en la oscuridad. Baxter tropeó, de repente, con un

imprevisto obstáculo y cayó de bruces.

Pero se revolvió en el acto. Rhoda, caída sobre el césped, gemía lastimeramente, con la cara oculta entre las manos.

—¿Qué te pasa? —preguntó él, acercándose a gatas a la joven.

—Dios mío. Dios mío. Me han violado...

Baxter sintió un espasmo de horror en el estómago. Rhoda había sido atacada a poco de haberse separado de la estatua. Pero la distancia no era muy grande y Baxter se extrañó de no haber oído signos de lucha.

Arrodillado, hizo que la joven se sentase y la atrajo hacia sí.

—Iremos a un médico —propuso.

—No no... Ese hombre tan asqueroso... Ha debido de seguirme y me atacó por la espalda. Me golpeó y yo quedé atontada, sin fuerzas para reaccionar... Rasgó todas mis ropas y...

Rhoda se estremecía convulsivamente. Baxter entendió que debía tranquilizarla y le palmeó suavemente las espaldas.

Ven —dijo—. Haz un esfuerzo. Yo vivo relativamente cerca de aquí. .

Rhoda se dejó levantar. Gemía y se quejaba, y no opuso resistencia cuando Baxter se la llevó de aquel lugar, con el brazo izquierdo en torno a sus hombros.

De pronto, recordó algo.

—Rhoda, ¿puedes mantenerte en pie unos segundos? —consultó.

—Creo que sí... —Espera, pues.

Baxter se alejó y volvió antes de un minuto. Abrazo de nuevo a la joven y se la llevó en dirección a la salida occidental del parque. En aquellos parajes, pensó, mientras caminaban, abundaban los tipos de toda calaña y no eran raras las violaciones. Quizá no debiera haberla dejado sola, pensó, pero, en tal caso, no habría podido encontrarse con el chantajista. Rhoda había tenido mala suerte, eso era todo.

«Lo importante es que esto no le cause un trauma insuperable», pensó.

Koye se sintió pasmado de asombro al ver entrar a su amo, acompañado de una hermosa joven, que aparecía despeinada y con las ropas hechas jirones. Baxter no le dejó reaccionar.

—Anda, prepara el baño para la señorita James —ordenó— Ha sufrido un accidente y necesita tranquilizarse.

—Bien, señor, al momento.

Baxter situó a la joven en el diván y preparó rápidamente una copa de brandy.

—Bebe, por favor —aconsejó. Y volvió a insistir—. Creo que debieras ver a un médico...

—No, te lo ruego. Déjame, ya se me pasará...

Baxter meneó la cabeza.

— No sabes cuánto siento lo ocurrido —dijo—. Si yo hubiese podido intervenir…

—Estabas ocupado en otra tarea —contestó ella, tristemente.

—Sí, y te he librado del chantajista. Rhoda alzó la cabeza.

—Sí. Me atacó cuando ya estaba a su lado. Usaba un *shuko*… ¿Sabes qué clase de arma es?

—Una manopla con púas, ¿no?

—Pero la del chantajista tenía una media luna de acero, tan afilada como una hoja de afeitar. Luchamos, conseguí doblarle el brazo… y él mismo se degolló.

Los ojos de la joven estaban desmesuradamente abiertos.

—¡Has estado a punto de morir por mi culpa…! —exclamó—. Ante eso, lo que me ha pasado a mí, casi no tiene importancia.

Baxter sonrió.

—Yo estoy vivo y, en cambio, tú… Pero será mejor que no hablemos más de ello —dijo—. Te conviene olvidarlo, Rhoda. Procura borrar ese suceso de tu mente, sobre todo si se tiene en cuenta que estabas sin sentido o poco menos.

—Me enteré muy vagamente, pero, aun así, pude darme cuenta de lo que sucedía. Aquel horrible sujeto, encima de mí, manchándome la cara con las babas, jadeando como una bestia salvaje…

Rhoda volvió a taparse la cara con las manos. Baxter se inclinó afectuosamente hacia ella.

—Insisto en que debes olvidarlo —dijo.

Koye apareció en aquel instante.

—Perdón, señor, el baño está preparado ya —anunció.

—Gracias, Tim. Ven, Rhoda…

Ella se levantó. Baxter la acompañó hasta la puerta del baño.

—Tendrás que ponerte un pijama mío —sonrió—. Te lo traeré en seguida, con una bata.

—Gracias, Budd… Por cierto, ¿conseguiste las fotografías?

Baxter se palmeó un bolsillo lateral de la chaqueta. —Las tengo aquí —dijo.

—Dámelas —pidió Rhoda—. Quiero destruirlas inmediatamente.

—Lógico —convino Baxter.

Unos minutos más tarde, se asomó al cuarto de baño con unas prendas de ropa en las manos, que dejó sobre un taburete. Rhoda, de la que sólo asomaban los hombros y la cabeza, le dirigió una pálida sonrisa.

—Cuando salgas, estará preparada la cena —dijo él—. Hoy dormirás aquí, por supuesto.

—Pero, Budd, esto va a representar demasiada molestia para ti…

—Ninguna molestia. Todo lo contrario, un gran placer…

Rhoda apareció media hora más tarde, un tanto avergonzada por

vestir de aquella manera. Baxter la acompañó hasta la mesa, que ya estaba preparada, y Koye empezó a servir.

Ella parecía más repuesta. La sopa hizo volver los colores a su rostro.

—Tienes una casa muy bonita —elogió.

—No está mal. Soy hombre moderado en algunas cosas, de modo que no dilapido mi dinero. Pero me gusta vivir con comodidad. Lo cual hace que, a la larga, este pretendido lujo resulte barato.

—Una extraña, pero agradable filosofía.

—No es extraña. A todo el mundo le gusta vivir bien, Rhoda.

—Sí, Budd... Oye, ese nombre, más bien parece un apodo...

—Si quieres llamarme George Washington, que son los nombres que me pusieron al nacer, puedes nacerlo. Pero a mí me parece demasiado pomposo.

—Sí, tienes razón. Yo también tengo más nombres: Rhoda Ernestina Seraphine... Tuve un abuelo francés, ¿sabes?, y él se empeñó en que me llamase con los otros dos nombres...

—Todos son muy bonitos —dijo Baxter—. Mañana, entregarás la llave a Tim y él te traerá ropa de tu casa.

—¡Oh, no será necesario! Le daré una lista de prendas y que me las compre en una tienda cercana. Tengo dinero, y más si se piensa en los diez mil dólares que me has ahorrado.

—Alguien ha dejado de hacer chantajes para siempre —concluyó Baxter, sentenciosamente.

CAPITULO VII

De pronto, se le ocurrió que no estaría de más hacer una visita a alguno de aquellos supuestos miembros del club de los asesinos,

Hestley no había llamado aún y Baxter estimaba muy importante conocer sus informes antes de empezar a actuar en aquella dirección. Dejó encargado a Tim que atendiera el teléfono y salió en dirección a la residencia de los Fradd.

Al llegar a las inmediaciones del puentecillo, se detuvo unos instantes y contempló el barranco en donde había muerto Fradd, en

un vulgar accidente de automóvil. Sí, aquel suceso debía de haber sido provocado. Fradd era hombre que había hecho el mismo recorrido cientos y aún miles de veces. El día del accidente no había llovido, lo que excluía la posibilidad de un patinazo.

Por otra parte, el puente, aunque relativamente corto, no era tan angosto como para no enfilarlo, aun a las elevadas velocidades empleadas por la víctima. Y tampoco habían quedado huellas de un frenazo que indicase una súbita pérdida de dirección.

Pisó de nuevo el pedal del gas. La idea de una habilísima conspiración cobraba cada vez más fuerza en su mente. El club de los asesinos..., con sede social en una casa que había ardido hasta los cimientos y en la que no había quedado más rastro que una calcinada máquina de escribir. ¿Qué mensajes se habían escrito con aquella máquina?

Cuando llegó a la residencia, vio un automóvil parado frente a la entrada principal. Había Un garaje contiguo, cerrado, lo que indicaba que el coche no pertenecía a la dueña de la casa.

Momentos después, llamaba a la puerta. Una atildada doncella, pulcramente uniformada, recibió su tarjeta de visita y dijo que se la pasaría a la señora de la casa.

—Añada que fui amigo de su difunto esposo y que no he podido venir a darle antes el pésame por hallarme ausente del país —dijo Baxter.

Los Fradd vivían bien, pensó Baxter, al observar el ambiente de la casa. Momentos más tarde, era introducido en un salón, en el que había una hermosa mujer, de unos treinta años de edad, elegantemente vestida, aunque con la suficiente discreción para no mostrar estridencias en una reciente viudez. Junto a ella había un hombre alto, bien parecido, con aspecto de galán un tanto maduro y, aunque pretendiese disimularlo, tenía todo el aire de considerarse dueño de la mujer junto a la cual se hallaba.

Baxter se acercó a la señora Fradd, besó su mano y le expresó sus más sinceras condolencias por el horrible accidente causante de tan irreparable pérdida. Leticia Fradd agradeció las frases de condolencia y después presentó al hombre que tenía a su lado, bajo el nombre de Bernard Farrow.

Los dos hombres se saludaron cortésmente. Luego, la señora Fradd dijo que nunca había oído a su esposo citar el nombre de Baxter.

—No sé qué decirle, señora —contestó el aludido, con una sonrisa de circunstancias—. Su difunto y yo hicimos algunos negocios conjuntamente..., claro que nuestra relación es relativamente reciente... Pero ello no impidió que me sintiera profundísimamente afectado al conocer la triste noticia.

—Sí, lo comprendo —dijo Leticia.

Baxter se dio cuenta de que la pareja no se sentía muy a gusto con su presencia en la casa. Ambos aparecían visiblemente incómodos y se les veía desear ardientemente su pronta marcha.

—En fin, no quiero molestarla más, señora... —De pronto, Baxter se volvió hacia el hombre—. ¡Ah, señor Farrow! He tenido noticias de que es usted miembro de un club al que me gustaría pertenecer, un club muy particular y enormemente exigente en la admisión de nuevos miembros. Está situado en la Avenida Grayson y...

El rostro de Farrow perdió repentinamente el color. Su cara adquirió tal expresión, que Baxter creyó que iba a desmayarse.

—¿Se siente malo, señor Farrow? —preguntó, solícito.

El hombre hizo un vivo esfuerzo por mantenerse en pie.

—No, no... estoy perfectamente bien... Pero no pertenezco a ningún club domiciliado en la Avenida Grayson —contestó, con voz muy alterada.

—¿No? —exclamó Baxter—. Sin duda se trata de un error.. ¡Ah, ahora recuerdo! Es una confusión mía; me dijeron el nombre de Harrow y quizá yo no lo entendí bien... Es natural, una sola letra de diferencia...

Galante, besó de nuevo la mano de la viuda y se encaminó hacia la puerta. Sí, el confidente había dicho la verdad. Cuando menos, en el caso de Farrow, no le había engañado.

Al salir de la casa siguió un camino bordeado de setos, que hacía un recodo a unos cien metros de distancia. Apenas había doblado la curva, frenó y dejó el coche atravesado. Luego sacó un cigarrillo, lo encendió y dejó transcurrir el tiempo.

Media hora después, oyó el ruido de un motor. Casi en seguida, un coche tuvo que frenar en seco, para no chocar con el suyo.

—¡Eh, oiga...! —gritó alguien, destempladamente—. *¿Qué* diablos hace ahí parado? ¿No ve que obstaculiza...?

—Sí, lo veo. Precisamente por eso me he parado aquí, porque recordé que era Farrow y no Harrow el nombre que me citaron respecto al miembro de ese club de la Avenida Grayson..., el club de los asesinos, para ser más exactos.

Farrow tenía la boca abierta estúpidamente. Sin dejar de sonreír, Baxter le arrojó al regazo la tachuela de cuatro puntas que le había dado Hestley.

—No hubo ningún reventón de neumático ni patinazo por la lluvia —continuó Baxter, ante la horrorizada mirada de su oponente —. Simplemente, fue un asesinato. Pero ¿valía la pena lo que va a conseguir usted? ¿La viuda solamente, o la viuda y su dinero? ¿Eran ya amantes antes de que ingresara usted en el club de los asesinos?

Farrow no tenía fuerzas para hablar. Baxter se toco la sien

derecha con el dedo índice, en una especie de burlón saludo, volvió a su coche y arrancó, dejando tras sí a un hombre al borde de la histeria causada por el terror.

Aquella misma tarde, Farrow recibió una llamada telefónica.

—Nosotros cumplimos nuestro pacto —dijo la voz que él conocía muy bien—. Le felicitamos por ser, también, un perfecto pagador...

—¡Cien mil dólares! —aulló el sujeto—. Cien mil tiros le pegaría yo a usted, si lo tuviese delante. Aquella noche, se la pasó fanfarroneando acerca de que sus planes incluían una absoluta seguridad... Pues bien, eso es absolutamente falso. Hay alguien que ya lo sabe, ¿me oye? Y por la forma de hablar, he podido darme cuenta de que ni siquiera concurrió a la reunión.

El desconocido pareció sorprenderse de la violenta reacción de Farrow.

—Pero ¿qué dice usted? Eso es imposible, nadie más lo sabe...

—¡Cien mil dólares! —repitió Farrow—. Tendré que gastarme otro tanto en abogados... Oiga, quiero hablar con usted y ha de ser cuanto antes, ¿me comprende?

—¿Para qué? Ya está todo dicho; no es necesario que nos veamos más.

—Insisto en que quiero hablar con usted. Y cuanto antes mejor.

—Conforme, si tanto le interesa...

—Iré a la casa de la Avenida Grayson, por supuesto.

—Claro, claro —accedió el desconocido—. Y, señor Farrow, dígame, por favor, ¿quién es esa persona que conoce la existencia de nuestro club?

—Baxter. No sé quién diablos es...

—Yo tampoco, pero no debe preocuparse. Nosotros averiguaremos quién es y nos encargaremos de él.

Una hora más tarde, Farrow detenía su coche frente al número doscientos cuarenta y nueve de la Avenida Grayson. Se apeó del coche y, un segundo después, abría la boca estúpidamente petrificado por el asombro.

Aunque había estado allí de noche, pudo ver, entonces, lo suficiente para captar algunos detalles del caserón, de dos pisos y ático, con tejado picudo de pizarra. Ahora ya no había allí nada, absolutamente nada... excepto una excavadora parada, dispuesta, sin duda, para continuar al día siguiente la tarea de explanación y limpieza de escombros.

Casi se echó a llorar, de rabia aún más que de pánico. El desconocido se había burlado de él.

Y lo peor era que no sabía dónde encontrarlo.

De repente, oyó el ruido del motor de un automóvil que se

acercaba a marcha lenta.

Se volvió. Quizá llegaba allí el desconocido...

El coche se detuvo unos instantes frente a él. Una mano enguantada asomó, empuñando una pistola con silenciador. Farrow no oyó el ruido de los disparos; sólo sintió una serie de golpes en el pecho y un último a frente. Ya no se enteró siquiera de que sus rodillas se doblaban y caía al suelo.

* * *

Baxter tocó el timbre un par de veces y, en vista de que no recibía respuesta, hizo girar el pomo de la puerta y asomó la cabeza.

—¿Rhoda?

—¿Eres tú, Budd? —sonó la fresca voz de la joven en el interior del departamento—. Perdona un momento, estoy en el baño... Entra y tómate una copa; en seguida me reuniré contigo.

Baxter cruzó el umbral y cerró a sus espaldas. Desde donde estaba, podía escuchar perfectamente el ruido del agua en la bañera.

Se acercó a la consola y puso dos dedos de whisky en un vaso. Mientras lo tomaba a pequeños sorbos, contempló la sala, agradablemente decorada. Era una estancia que servía para todo, comedor y hasta cuarto de trabajo, a juzgar por la mesita situada en un rincón, sobre la que se veía una máquina de escribir y algunas cuartillas.

Curioso, se acercó a la máquina, que era de la misma marca y tipo que la que había encontrado en la casa incendiada. Sintiéndose curioso, levantó una de las cuartillas escritas y leyó unas cuantas líneas, en las que se describía una escena amorosa llena de romanticismo. De pronto, oyó a sus espaldas la voz de Rhoda.

—¿Te gusta? —preguntó ella.

Baxter se volvió con la sonrisa en los labios.

—Discúlpame. He hecho algo que no debía. Me imagino que a un escritor no le gusta que lean lo que escribe, hasta que ha salido de la imprenta!..

—¡Oh, no tiene importancia! —contestó Rhoda—. Se trata solamente de un borrador y me parece que lo voy a destruir, porque no me gusta la forma en que ha quedado la escena. ¿Qué te trae por aquí, Budd?

—Bien, he venido para ver cómo te encuentras... Es taba un poco preocupado por ti; han pasado algunos días y no me has llamado.

—Empiezo a superar mis problemas —contestó ella

—Pero no te han hecho adquirir experiencia. Tenías la puerta abierta. Cualquiera pudo haber entrado en el departamento y no precisamente en plan amistoso —le reprochó él.

—Me descuidé, lo siento. Procuraré que no vuelva a suceder más.

—Así está mejor. Y puesto que te veo tan animada, no quiero seguir molestándote más.

Rhoda se colgó impulsivamente de su brazo.

—Tú no me molestas en absoluto; al contrario, tu compañía me conforta muchísimo—dijo, con una intensa mirada de sus grandes ojos verdes.

La joven aparecía, ahora, llena de atractivos, con el pelo negro atado atrás por una cinta roja, en cola de caballo. Todavía vestía una bata corta de baño, debajo de la cual se adivinaba que no había más ropajes.

Baxter se inclinó y la besó suavemente en los labios. De repente, Rhoda le echó los brazos al cuello y se apretó fuertemente contra él, a la vez que su boca se entreabría ardorosamente. El beso se prolongó más de lo habitual y, al separarse ambos, ella apoyó su cabeza en el pecho de su visitante.

—Budd, no sé qué me pasa... ¡Me siento tan segura en tus brazos...! Yo quisiera darte algo más que un beso, me gustaría entregarme a ti plenamente, pero el recuerdo de lo que me ocurrió hace días en. el parque, me hace sentir náuseas... Compréndelo, querido...

Baxter acarició suavemente sus sedosos cabellos.

—No tienes nada que explicar y menos justificar —dijo—. Eres joven y tienes el ánimo fuerte, de modo que acabarás por superar ese trauma. Ya lo verás, dentro de poco tiempo, volverás a ser la que eras.

Ella le dirigió una cálida sonrisa de gratitud.

—Tú me ayudarás, supongo —dijo.

—Claro. Oye, ¿por qué no te vistes y salimos a cenar juntos? ¿No te parece que así empezarás a olvidar?

Rhoda se dirigió corriendo hacia el interior del apartamento. Desde la puerta, tiró un beso con la mano a Baxter.

—Eres un hombre realmente encantador —exclamó.

* * *

Baxter se levantó al día siguiente, lleno de optimismo. Después del aseo, fue al comedor y se sentó ante la mesa ya preparada para el desayuno. Koye le señaló el periódico, mientras llenaba una taza.

—Aconsejo al señor que lea cierta noticia de interés —dijo.

—¿Lo crees así, Tim?

—Eso espero, señor. Nunca me permito aconsejar al señor nada que no resulte interesante.

Baxter desplegó el diario. En la página de sucesos, encontró una noticia que le dejó sin respiración.

Bernard Farrow había sido encontrado muerto a tiros, frente a la doscientos cuarenta y nueve de la Avenida Grayson. Ninguno de los vecinos que, además, vivían en casas aisladas y relativamente separadas del lugar de los hechos, había visto ni oído nada. La Policía suponía que el asesino había empleado una pistola con silenciador. Farrow había muerto instantáneamente: tres tiros en el pecho y uno en la cabeza, le habían arrebatado toda posibilidad en cuestión de segundos.

Baxter cerró el periódico v empezó a tomar el café, profundamente pensativo. La pregunta que surgía a continuación era inevitable: ¿A qué había ido Farrow a la casa de la Avenida Grayson?

Ya no se podía dudar de los motivos del incendio. Allí había tenido su *sede* el club de los asesinos y el incendio había servido para borrar todo rastro comprometedor. ¿Pensaba Farrow entrevistarse con el presidente del siniestro club? ¿Acaso ignoraba que ya no quedaba de la casa nada, salvo las cenizas?

Lo que sí parecía seguro era que Farrow había ido allí para entrevistarse con alguien y que había acudido a una cita sin retorno. No cabía la menor duda de que la entrevista sostenida con Baxter le había llenado de pánico y, tal vez, había creído poder encontrarse con el *presidente* del club, con el fin de demandarle ayuda.

Lo único que había encontrado era cuatro tiros, y no, precisamente, de forma metafórica.

De pronto, sonó el teléfono. Koye levantó el aparato, escuchó unos instantes y luego se lo entregó al joven.

—Para usted, señor.

Baxter se acercó el teléfono a la cara.

—Diga.

—Soy Hestley. Tengo algo para usted. —Interesante, supongo. —Vale los ochocientos «pavos» acordados. —Llevaré el dinero, ¿Dónde?

—En el mismo sitio del otro día. A las cuatro de la tarde.

—Conforme.

—Oiga, anoche le vi cenando con una chica muy hermosa... Bueno, no tan muchacha; debe de tener ya unos veintiocho años... Claro que tiene una cara tan bonita, que aparenta, fácilmente, cinco menos...

—¿Me espía usted, Sid?

—No, simplemente, pasaba por allí... Espero que la chica esté ya curada.

—¿Curada? ¿Acaso ha estado enferma?

—Hace tiempo, algunos años ya, no sé qué le pasó. Tuvo que ser intervenida en un hospital psiquiátrico

—Sid, a la tarde me dará más detalles, espero.

—No podré decirle ya mucho más; sólo sé lo que le he contado.

—De acuerdo, nos veremos a las cuatro.

Baxter se quedo muy pensativo después del diálogo sostenido con Hestley. ¿Rhoda enferma mental?

No debía de haber sido gran cosa y ello debido, sin duda, al choque sufrido por el suicidio de su esposo. Pero en aquellos momentos lo que más le interesaba era poder encontrar al Sapo Cojo.

CAPITULO VIII

A las cuatro en punto entraba en el Sally's. Buscó con la vista y divisó a Hestley sentado en un discreto rincón, en un lugar donde no era fácil de ser observado. Felicitando mentalmente al sujeto por su inteligente forma de actuar, avanzó hacia la mesa.

Hestley tenía ante él un vaso vacío y parecía dormir, con la cabeza apoyada en la pared que tenía a sus espaldas. Baxter se sentó frente al sujeto.

—Despierte, Sid.

Hestley no contestó. Por debajo de la mesa, Baxter le dio un ligero puntapié en la pierna izquierda.

—¿Se ha pasado la noche en vela? —exclamó.

Entonces, con gran lentitud, Hestley se ladeó un poco y su hombro derecho y la cabeza quedaron apoyados en la pared que formaba el rincón.

Baxter contuvo el aliento. La chaqueta de Hestley se había abierto y ello le permitió ver la mancha roja que había en la pechera de la camisa.

Apretó los labios. Era fácil ver cómo se había producido la muerte del confidente.

Alguien se había sentado frente a él. Hestley debía de conocerlo y no habría sospechado nada. Una mano, con una pistola provista de silenciador, había hecho fuego bajo la mesa. El cuerpo del asesino había tapado el arma sin dificultad y, con el relativo estruendo de las conversaciones de los clientes, el ligero chasquido del arma había pasado completamente desapercibido.

Apretó los labios, invadido por un repentino sentimiento de cólera. Nuevamente, los miembros del club de los asesinos habían sido más rápidos que él.

De pronto, cuando ya se levantaba, vio la mano izquierda de Hestley apoyada en la pierna del mismo lado. Dio la vuelta a la mesa y apretó los dedos. Una ligera sonrisa apareció en sus labios. Después de todo, Hestley no lo había hecho tan mal. En aquel trocito de papel, había una dirección.

Sin duda la tenía escrita ya para entregársela, pero el asesino no había reparado en el detalle. Resultaba lógico, ya que no le convenía permanecer mucho tiempo en el local, después de disparar el tiro mortal.

Contempló a Hestley, un instante. Cerró su chaqueta un poco,

para que no se viera la sangre, y se volvió hacia un camarero, que pasaba con una bandeja en la mano.

—¡Eh, amigo…!

El camarero se volvió.

—¿Señor?

—¿Ha servido usted a ese hombre?

El camarero dirigió una mirada de indiferencia a Hestley.

—Sí, señor. Oiga, ¿le ha sentado mal el whisky? Parece dormido…

—El médico se lo tiene prohibido, pero él no hace nunca caso —sonrió Baxter—. Dígame—, deslizó un billete de cinco dólares en la mano del camarero—, antes que yo, ¿ha venido alguien para hablar con mi amigo?

—Pues ahora que lo menciona usted… Sí, hará cosa de quince o veinte minutos… Un hombre vino y se sentó frente a su amigo. No quiso beber nada y se marchó muy pronto. Yo diría que no han estado juntos más de un minuto, señor.

—Sí, ha tenido que ser una conversación muy corta. Por favor, ¿recuerda usted al otro tipo?

—Era un sujeto de mediana estatura… No me fijé demasiado en él, compréndalo, señor; aquí viene tanta gente… Pero me pareció que cojeaba un poco…

Baxter puso una mano en el hombro del servicial camarero.

—No sabe cuánto sé lo agradezco, amigo —dijo.

—Señor, si ese caballero está enfermo, ¿quiere que avise a algún médico? Conozco a uno muy bueno que vive cerca de aquí…

—Nada de eso, muchacho. Lo que debe hacer es avisar al teniente Jamison, de Homicidios. Ese hombre está , muerto.

Baxter echó a andar, mientras la mandíbula inferior de camarero empezaba a descender, repentinamente aflojados los músculos que la sostenían. Cuando llegaba a la puerta, oyó el estrépito de una bandeja caída al suelo, con todo lo que contenía.

Luego se oyó el chillido de una mujer.

* * *

Emory Quinton abrió la puerta de la casa y tanteó la mano en busca del interruptor de la luz. Cuando las tinieblas se hubieron disipado, giró para cerrar la puerta con llave. Luego avanzó unos cuantos pasos.

De pronto, se detuvo, como si le hubieran clavado los pies al suelo. Sus ojos saltones emitieron una luz de odio y furia infinitos. Pero, reaccionando con enorme rapidez, metió la mano en el interior de su chaqueta y sacó una pistola.

En el mismo instante, el filo de la mano derecha de Baxter cayó

sobre su muñeca, arrancándole un grito de dolor. La pistola saltó a un lado. Baxter golpeó de nuevo, ahora con la punta de los dedos, rígidos, en el plexo solar de Quinton. El asesino se quedó tieso, sin respiración, con los ojos más saltones que nunca.

El pie de Baxter lanzó la pistola hacia un rincón. Luego agarró al sujeto por el cuello y lo catapultó hacia un diván. Quinton empezó a recuperarse y emitió una horrible maldición.

Baxter se inclinó sobre él y le arreó dos tremendas bofetadas, con ambas manos, en las mejillas. Los ojos de Quinton arrojaron inmediatamente pequeños ríos de lágrimas.

Era, sin embargo, un tipo duro.

—¡ Puede matarme, pero no diré nada! —exclamó.

—Eso lo vamos a ver, ahora —dijo Baxter, con plácido acento.

De súbito, disparó la mano izquierda y, con dos dedos, atenazó la nariz de Quinton, tirando de él hacia arriba. El Sapo Cojo se vio obligado a levantarse, mientras emitía gruñidos de dolor. Baxter soltó un instante y luego, agarrándolo con ambas manos por los dos hombros, le hizo girar en redondo.

Quinton disparó el pie derecho hacia atrás. Era, precisamente, lo que esperaba Baxter, quien se apoderó inmediatamente de aquel tobillo que se le ofrecía con tanta generosidad. Tiró un poco hacia arriba, de modo que Quinton quedara apoyado en el suelo con ambas manos, y luego lo retorció con seco movimiento.

Se oyó un aullido. Quinton se contorsionó, pero Baxter no soltó su presa ni descendió el nivel de sus manos. El asesino forcejeó desesperadamente, hasta que, al fin, dándose cuenta de la inutilidad de sus esfuerzos, dejó de moverse, quedando con el pie izquierdo en alto y los hombros apoyados en el suelo.

—Tómese un descanso —dijo, cínicamente—. Siga después, pero no cuente que le diga nada.

—¿Ah, no? —sonrió Baxter.

De repente, ejecutó otra seca torsión. El tobillo de Quinton crujió y su frente empezó a llenarse de gotas de sudor.

—Puedo convertirte la pierna en un tirabuzón —dijo Baxter, sin alterar su expresión sonriente—. Cuando termine, cojearás de las dos piernas… o quizá tengas que vivir el resto de tus días en una silla de ruedas. Por supuesto, en una penitenciaría.

—No hay pruebas —le desafió Quinton.

—Hay una pistola con silenciador. La Policía guarda, la bala que mató a Mark Lackland, que salió del mismo cañón que las que se usaron para asesinar a Farrow y, esta tarde, a Sid Hestley.

Quinton maldijo obscenamente, arrojando una enorme cantidad de basura verbal sobre la memoria de la madre de Hestley.

—Era un maldito soplón… —dijo, cuando recobró el aliento.

—Parece ser que lo conocías, ¿eh? —Hace años tuvimos cierta relación, pero no era tipo de fiar. Se iba de la lengua por veinte «pavos»...

—¿Y ahora?

—Me seguía los pasos. Supongo que averiguó dónde vivía.

—Pero te has entrevistado con él en el Sally's. Desde su forzada postura, Quinton miró coléricamente a Baxter.

—Era su chivato, ¿verdad?

—Podemos admitirlo, sobre todo, ahora que ya está muerto.

—Bueno, pero también le gustaba jugar con dos barajas.

—Explícate, Emory.

—Me llamó por teléfono y dijo que a las cuatro tenía una cita importante, pero que podía cancelarla, si le llevaba dos mil dólares.

—¿A qué hora te llamó?

—Bueno, las nueve de la mañana, más o menos.

Baxter hizo un rápido cálculo mental. Tanto daba, se dijo; Hestley le había llamado después de hablar con Quinton. Quizá antes; el caso era que quería obtener beneficios de las dos partes o, cuando menos, asegurarse uan cantidad de, dinero. Uno de los dos, él o Quinton, le darían un buen puñado de billetes.

Sólo que los planes de Hestley, basados en la entrevista que se iba a celebrar en un lugar discreto, aunque con gente en las inmediaciones, se habían visto frustrados por una bala calibre treinta v ocho.

—Y fuiste al Sally's...

—Y le pegué un tiro sí. No podía consentir que ese tipo me traicionase... Habría sido capaz de vender a su padre por cien dólares.

—Pero no contaste que él ya había escrito tu dirección en un papel, para entregármela cuando yo fuese a verle.

Quinton volvió a soltar una retahíla de obscenidades. Cuando se cansó, dijo:

—Bien, al menos he quitado de en medio a un maldito hijo de puta.

—Un sujeto que podía estropear el bonito negocio del club de los asesinos, ¿eh?

Quinton apretó los labios.

—También sabe eso —dijo.

Baxter hizo un gesto de asentimiento. —¿Quién es el *presidente?* —preguntó. —No se moleste. Puede seguir retorciéndome el tobillo...

—Quinton, irás a presidio por el resto de tus días. Son tres muertes las que tienes sobre tu conciencia. La Policía encontrará el arma en esta casa. Imagínate el resto.

—Pierde el tiempo. Siga, siga —invitó Quinton—. Tengo más aguante del que se imagina.

—Estoy admirado —sonrió Baxter. Y, de súbito, pareció como si aflojase la presión de sus manos, pero fue para situarlas un poco más arriba, a unos diez centímetros del tobillo. Entonces retorció rápidamente, con seco movimiento y ahora fue en la rodilla donde se produjo un terrible crujido.

Quinton lanzó un grito de agonía. Sus dientes asomaron para morderse el labio inferior, del que brotaron algunas gotas de sangre.

—Puedo repetirlo —dijo Baxter fríamente—. Y seguiré así, hasta que el dolor se te haga realmente insoportable.

Las uñas de Quinton se clavaron en las palmas de sus manos.

—No... hablaré... —jadeó.

—¿Acaso tienes miedo de algo peor que la cárcel de por vida? —preguntó Baxter, sinceramente extrañado de la que consideraba una resistencia inhumana.

—No... Soy leal... No quiero que le pase nada...

Súbitamente se abrió la puerta del departamento y un hombre atravesó el umbral.

—¡Emory! Tenemos que largarnos...

El recién llegado se interrumpió en seco, al contemplar una escena completamente inesperada. Durante una fracción de segundo, permaneció inmóvil, como si sus ojos no quisieran dar crédito a lo que estaban contemplando. Baxter, por su parte, también se sintió sorprendido.

Pero reaccionó con gran rapidez y, para defenderse del que esperaba inminente ataque, arrojó al recién llegado lo que tenía más a mano.

El cuerpo de Quinton.

CAPITULO IX

Baxter giró velozmente sobre sus talones a la vez que elevaba un poco las manos. Quinton chilló cuando notó que era proyectado por los aires. El recién llegado quiso esquivar aquel humano proyectil, pero ya era tarde.

Los dos hombres rodaron por el suelo, confundidos en un móvil revoltijo de brazos y piernas. El recién llegado, a quien Baxter identificó en el acto, fue el primero en levantarse, sólo para recibir un tremendo derechazo en el mentón que lo derribó de nuevo y ahora sin sentido.

Quinton intentó levantarse, pero su defecto físico, unido al dolor que sentía en la pierna castigada, le hizo caer de nuevo. Intentó gatear por el suelo, babeando imprecaciones en busca de su pistola, pero la puntera del zapato de Baxter golpeó el lado derecho de su mandíbula y lo hizo caer desvanecido.

Baxter aprovechó la situación. Unos minutos más tarde, los dos sujetos yacían en el suelo, atados como salchichones. Rube Moran había despertado ya y le miraba con ojos en los que brillaba una furia impotente.

Quinton seguía sin conocimiento. Baxter agarró una silla, se sentó a horcajadas y encendió un cigarrillo.

—Era muy bonita Sandra McCainn, ¿verdad?

Moran prefirió guardar silencio. Baxter prosiguió:

—Ha sabido esconderse usted muy bien. Empezaba ya a creer que no podría ponerle la mano encima, a pesar de que nos habíamos visto en alguna ocasión, por ejemplo, cuando los dos coches se emparejaron ante un semáforo en rojo y ese tipo que está ahí dormido quiso liquidarme. Claro que no era la primera vez que lo intentaba; ya me había disparado cuando estaba en la Avenida Grayson. Naturalmente allí tuvo que usar un rifle; la distancia era algo mayor... Por cierto, ¿producía muchos ingresos el club de los asesinos?

Moran continuaba en su obstinado silencio. Baxter lanzó una bocanada de humo.

—Supongo que antes de buscar nuevos miembros para el club, ustedes adquirían informes muy detallados de ellos —dijo—. Por ejemplo, en el caso de Lackland, Sandra le informó de sus disensiones con su socio Stuart Kyne. No le dijo gran cosa, aunque sí lo suficiente para que ustedes pensaran que Lackland podía ser candidato para ingresar en el club. Pero lo que no he acabado de comprender es por

qué tuvieron que asesinarlo. Ya sé que me dirá que Lackland pensaba visitarme y que no les convenía, pero ¿qué les obligó a matarlo?

—Todos aceptaron menos él —contestó Moran hoscamente—. Cada uno de los miembros escribió el nombre de su enemigo.

—Entonces, Lackland no escribió ningún nombre.

—Sí; uno: Toro Sentado. Entonces nos dimos cuenta de que podía traicionarnos.

—Y le vigilaron, y cuando vieron que iba a verme le sorprendieron por detrás.

Moran asintió en silencio. Baxter se levantó y dejó la colilla en un cenicero.

—Una pregunta —dijo—. ¿Cómo escribieron los miembros del club los nombres de sus víctimas?

—A máquina; claro.

Baxter lo comprendió de inmediato.

—Con toda seguridad, la reunión se celebró en algún lugar penumbroso —dijo.

—Les habíamos preparado mantos y capuchones. Para cada uno de ellos, utilizamos una tarjeta. Escrito el nombre a máquina, no podían desconfiar de que alguien pudiera identificar, un día, su letra.

—Magnífico, un estupendo medio de persuasión. Y, ¿cuánto les cobraban por los servicios?

—Depende del beneficio de cada cual...

—Pero ustedes no cometían el asesinato.

—Claro que no. Lo hacían ellos mismos.

Baxter arqueó las cejas.

—Eso resulta un poco extraño —observó.

Moran lanzó una risita desdeñosa.

—Se sorprendería usted si supiera la cantidad de gente que está deseando matar a alguien que le estorba —contestó—. Lo que sucede es que la inmensa mayoría contiene esos deseos, porque no sabe preparar bien el escenario. Si a todos los que quieren matar a alguien . se les garantizase la impunidad, mañana mismo morirían en Nueva York la mitad de sus habitantes.

—¡Qué vastos conocimientos tiene usted del alma humana! —exclamó Baxter con fingida admiración—. Pero, al mismo tiempo, cuan escéptico se siente. Usted es de los que creen ciegamente en el viejo aforismo latino: *Homo hominis lupus,* ¿verdad? ¿Se lo traduzco?

—Lo conozco —respondió Moran, secamente—. *El hombre es un lobo para el hombre.* Y, ¿no es verdad? Los gobiernos de las naciones hoy día autorizan guerras, matanzas, devastaciones... ¿Qué son los políticos de un país sino lobos para los políticos del país vecino?

—Sí, algo de razón hay en todo eso —convino Baxter—. Pero aquí no estamos tratando de un juego entre dos naciones, sino de algo

mucho más reducido.

Se inclinó hacia adelante.

—Lackland se sentía muy furioso contra su socio y, aunque pudiera pensar en darle muerte, luego recapacitó y llegó a la conclusión de que podían arreglar sus diferencias mediante tratos amistosos. Pero ustedes lo asesinaron y era mi amigo. ¿Comprende lo que quiero decir?

Moran guardó silencio. Baxter se dirigió hacia la puerta.

—Ahora avisaré a la policía —concluyó.

Moran lanzó un grito desesperado.

—¡Aguarde, no se vaya! Suéltenos y le diremos el nombre que tanto le interesa...

Con la mano en el pomo de la puerta, Baxter se volvió y miró despreciativamente al sujeto.

—Ya no me hace falta —contestó.

Abrió la puerta y salió. Moran y Quinton quedaron solos.

Quinton lanzó un horrible juramento. Moran le apostrofó violentamente.

—¡Déjate de quejas ahora, estúpido! —exclamó—. Acércate y sitúate de espaldas a mí. Tengo una navaja en el bolsillo posterior de los pantalones. Trata de sacarla para cortar las ligaduras, antes de que llegue la policía. Baxter no ha usado el teléfono de esta casa y, si nos damos prisa, aún podemos largarnos...

Quinton se arrastró por el suelo hasta situarse de espaldas v paralelamente a su compinche. Tenía atadas las muñecas y se esforzó por meter los dedos en el bolsillo que Moran le había señalado.

El tiempo le pareció interminable hasta que sintió en los dedos el contacto con la navaja. Ahora era preciso abrirla. Por fortuna era automática y pudo encontrar el resorte. Luego, con infinitos esfuerzos, empezó a cortar las cuerdas.

Moran blasfemó en una ocasión.

—¡Cuidado, imbécil! ¡Me estás cortando las muñecas y voy a desangrarme!

Al cabo de un buen rato, Moran sintió que cesaba la presión de las ligaduras. Una vez tuvo las manos libres, se sentó en el suelo y cortó las que ataban sus tobillos. Entonces se puso en pie de un salto y echó a correr hacia la puerta.

Quinton lanzó un horrible chillido al ver que era abandonado por su compinche.

—¡Rube! ¡No me dejes...!

—¡Muérete, bastardo! —contestó Moran bruscamente.

Abrió la puerta de golpe y se encontró en brazos de un hombre fornido, de rostro cuadrado y expresión jovial.

Detrás del hombre, Moran, desanimadamente, vio varios

uniformes azules.

—Bien venido al hogar, hijo pródigo —dijo el teniente Jamison humorísticamente.

* * *

Baxter abrió la puerta, asomó la cabeza y vio una maleta de cuero junto al diván. La sala aparecía vacía, pero dentro de la casa se escuchaban ciertos ruidos que indicaban la presencia de su ocupante.

—¡Rhoda!

La voz de la joven sonó en el interior: —¿Budd?

—Sí, el mismo. ¿Qué ocurre? ¿Te marchas?

—He de salir de viaje con urgencia. Aunque no te lo creas, tengo madre y está enferma gravemente. Baxter encendió un cigarrillo.

—Bueno, todos tenemos o hemos tenido una madre —dijo, filosófico—. Hasta ahora, no he conocido a ningún ser humano nacido en un laboratorio.

Rhoda se echó a reír.

—Eres un tipo estupendo —dijo, todavía sin aparecer.

—¿Estarás muchos días fuera?

—No lo sé, depende de la enfermedad de mamá.

—¿Dónde vive?

—En Tulsa, Oklahoma. He hablado con el médico v se siente más bien pesimista, Budd.

—No sabes cuánto lo lamento. Te echaré de menos, ¿sabes?

—Volveré lo más pronto que me sea posible, te lo prometo.

Dentro de la casa sonaron, de pronto, pasos. Sandra apareció, vestida con una chaquetilla corta, casi una cazadora, *pullover,* pantalones y botas blandas de medio tacón. En el brazo izquierdo llevaba un chaquetón con cuello de piel. El moño estaba rodeado por una ancha banda de color amarillo vivo.

—Lamento no poder quedarme más tiempo contigo —sonrió la joven—. Pero te aseguro que volveré...

—Es una lástima que tengas tanta prisa —dijo Baxter—. Iba a contarte una bonita historia. Podría servir de argumento para una de tus obras, claro qué tú desarrollas más bien temas sentimentales...

—¿Por qué no vienes al aeropuerto y me lo cuentas por el camino? —propuso Rhoda.

—No, no, el relato se debe hacer con tranquilidad, sentados ambos en un cómodo sillón, con unas copas al alcance de la mano... Incluso, pero aquí no puede ser ahora, resultaría más agradable frente a un fuego en la chimenea... En medio de todo, y aunque no sea tu especialidad, podrías intentar escribir la novela, después de que te

hubiese relatado los datos principales.

—Repito que lo siento. No puedo entretenerme ni un minuto más. ¡Adiós, querido!

Rhoda se acercó al joven, y le besó afectuosamente en una mejilla.

—Te llamaré por teléfono con frecuencia —aseguró.

Luego agarró la maleta y echó a andar hacía la puerta. De pronto, Baxter exclamó:

—¡Rhoda, al menos podrías conocer el título más adecuado para la obra!

Ella se volvió, ya a punto de salir.

—¿Sí? —dijo, con hechicera sonrisa.

—Sí, un título de gran atractivo: El Club de los Asesinos.

La sonrisa desapareció de los labios de Rhoda durante una fracción de segundo, pero Baxter no dejó de captar e! súbito cambio de expresión.

—No soy aficionada a las novelas policíacas —dijo ella tras una corta pausa.

—Entonces, temo haber perdido el tiempo,.. ¡ Ah, perdóname, qué estúpido soy! Te dejo marchar y no soy lo suficientemente galante como para llevarte la maleta... Permíteme, Rhoda...

—Por favor, no te molestes —dijo ella.

—¡Oh, no es molestia en absoluto! —exclamó el joven, mientras se apoderaba de la maleta—. Me encantará...

Al mismo tiempo que hablaba, Baxter se apoderaba de la maleta. Arteramente, con el pulgar, presionó uno de los cierres, fingiendo no reparar en la cara de desagrado que ponía Rhoda. Súbitamente, la tapa de la maleta se abrió y todo su contenido se desparramó por el suelo.

Los ojos de Baxter se abrieron desmesuradamente. al ver los numerosos fajos de billetes que se esparcían sobre el pavimento.

—¡Atiza! —dijo—. Había aquí una verdadera fortuna.

Miró a Rhoda y las sospechas que había concebido últimamente se confirmaron. Aquellas dos hermosas pupilas verdes eran ahora dos diminutos volcanes que eruptaban el odio más absoluto.

—Ese dinero, Rhoda —dijo lentamente—, ¿es el importe de las cuotas de *servicios* del Club de los asesinos?

CAPITULO X

Durante unos segundos, sólo hubo silencio en la estancia. Rhoda seguía mirándole con hipnótica fijeza, aunque su respiración se había alterado fuertemente, lo que se podía advertir en los rápidos movimientos de los senos, que se dibujaban con rotundas curvas bajo el *pullover.* De pronto, con cierta lentitud, ella juntó las manos delante de sí. La derecha quedó cubierta un instante por el bolso.

Luego salió al descubierto, haciendo centellear el metal de una navaja automática. Baxter reaccionó con fulgurante rapidez. Golpeó el antebrazo de Rhoda con su mano izquierda, haciendo que la navaja pasara inofensivamente junto a su costado derecho, y luego, con la mano derecha, aferró la muñeca armada y ejecutó un brusco movimiento de torsión. La rapidez de sus acciones sorprendió a Rhoda, quien, casi sin saber cómo, se encontró con la navaja en el suelo.

Baxter la empujó hacia el diván.

—Siéntate y olvida ese viaje a Tulsa.

Ella obedeció con aparente mansedumbre, pero quedó un tanto rígida, con las manos en el regazo. Baxter encendió un cigarrillo y se lo ofreció, pero Rhoda rechazó con seco gesto.

—¿Por qué, Budd, por qué? —preguntó de pronto.

—Se llamaba Mark Lackland y era amigo mío. Murió en la puerta de mi casa —contestó el joven.

—¿Eso te impulsó a intervenir?

—Sí.

—Tú no eres detective privado; ni siquiera investigador...

—No, no lo soy.

Pero, a veces, te gusta jugar a los detectives que atrapan asesinos. Claro, el rico y ocioso *play-boy,* quena sabe qué hacer con su tiempo y su dinero...

—Estás equivocada, Rhoda. Tengo un próspero negocio y es cierto que ahora casi marcha por sí sólo, pero me costó años enteros de esfuerzos levantarlo v situarlo a la altura en que ahora se encuentra, sin contar con la idea, no original ciertamente, pero mejor desarrollada que las de otros competidores. Hubiera sido capaz de gastar toda mi fortuna en encontrar al asesino de Mark.

—¡Qué bella palabra, amistad! —suspiró Rhoda—. Debí haber contado con ello...

—Todos los asesinos cometen errores —dijo Baxter,

sentenciosamente.

—¿Cuál fue el mío, Budd?

—Tenías que simular que eras escritora y compraste una máquina y cuartillas, y hasta llenaste algunas con párrafos de una supuesta novela de amor. Pero también escribiste con la misma máquina la carta que te dirigía un chantajista inexistente.

—Pensé que no te habrías fijado...

—Encontré una máquina de escribir en la casa de la Avenida Grayson. Las dos son del mismo tipo. Con la que se quemó, los miembros del club escribieron, en sendas tarjetas, los nombres de las personas que les estorbaban.

—Adiviné que eras un tipo muy listo desde el primer momento —sonrió Rhoda—. Pero también sentía cierta debilidad por ti...

—¿De veras? —Baxter dejó la colilla en un cenicero—. No lo demostraste cuando ordenaste a tus esbirros que me liquidaran a tiros, cosa que intentaron en un par de ocasiones. Pero lo que sí es absolutamente seguro es que me vigilabas casi desde el primer día.

—¿Cómo lo sabes, Budd?

—La pelea con aquel tipo de la barba fue algo fingido. Kaspar Tassy era uno de los miembros de tu banda... precisamente el mismo que me atacó junto a la estatua. El chantaje no era sino una ficción tuya, destinada a tenderme una trampa, de la que no debía salir.

Reconocí a Tassy después de muerto, aunque se había afeitado la barba.

—Sí, eres endiabladamente astuto, Budd —admitió ella pensativamente.

—Y no hubo violación, sino una estupenda farsa, en la que te acompañó Rube Moran. Estabais allí aguardando la vuelta de Tassy, pero cuando .os disteis cuenta de que no había ganado la pelea, simulaste el ataque por un desconocido. Rasgaste tus ropas, claro,., pero cuando se trata de una violación, la víctima presenta, casi siempre, rasguños en la cara, en los hombros, en los pechos... Tú tenías la piel completamente limpia, Rhoda.

Ella volvió a sonreír.

—Temo haber topado con alguien tan inteligente como yo —comentó—. Sigue, por favor.

—Me pediste el sobre con las fotografías. No sé si había o no tales fotografías, pero las quemaste en el lavabo de mi baño luego hiciste correr el agua abundantemente, a fin de que arrastrase las cenizas. Probablemente, eran unas fotografías inocuas; pon lo tanto, las hiciste desaparecer antes de que te las pidiera. Rhoda, ahora dime tú por qué lo hiciste. Estoy sospechando que el dinero, y has conseguido mucho, no fue el único móvil dé tus acciones.

—¡Este mundo es una mierda! —declaró ella con súbita

descompostura—. La mitad de la gente querría matar a la otra mitad, para disfrutar de sus bienes. Me costó un poco, bueno, algunos meses de investigaciones, pero, al fin, encontré una docena de personas dispuestas a hacer cualquier cosa con tal de eliminar a un rival o un competidor.

—Y preparaste un bonito escenario en la casa de la Avenida Grayson. Pero luego la quemaste, para evitar que nadie encontrase rastros.

—Doce personas, además de nosotros, conocían el lugar donde se había celebrado la reunión. Una de ellas, por lo menos, había rechazado mi oferta.

—Sí, Mark. En lugar de escribir el., nombre de su víctima, escribió «Toro Sentado».

—En efecto, y eso me hizo saber que podía delatarme. Tuve que buscar el lugar y el momento apropiados para eliminarle...

—En mi casa y cuando venía a pedirme ayuda. ¿Quién lo hizo? ¿Tú?

—Fue uno de mis ayudantes...

—¡Ah! El Sapo Cojo.

Rhoda sonrió.

—Nunca le he llamado así, pero el apodo le cuadra —admitió.

—Bien, Rhoda, de todas formas, hay algo que no acabo de comprender. Fundaste un club de asesinos... pero lo lógico es que vosotros os encargarais de la tarea de eliminar a los que estorbaban. ¿Por qué iban a hacerlo precisamente los beneficiados, si ello podía comprometerles?

—No conoces bien las miserias del alma humana, Budd. La inmensa mayoría de las personas que odian a otra y que desean su muerte, desean, también, ver cómo muere, satisfacer el morboso afán de presenciar el fin de la persona a quien tanto detestan... o que tanto les estorba. Nosotros, claro está, les proporcionábamos los medios.

Baxter arqueó la cabeza.

—Es una filosofía un poco extraña, ¿no crees? —El fiel reflejo de la realidad, Budd. —Y... ¿aceptaban?

—Después de un par de ejemplos, ¿tú qué crees? Nosotros les dábamos los menores detalles de la vida de su víctima y elegíamos el procedimiento adecuado para su eliminación sin riesgos. Pero eran ellos los que debían poner en práctica el plan ideado.

—Sí, conoces mucho la psicología humana —convino Baxter, pensativamente—. Y creo que tienes razón en lo que dices, sobre todo, después de conocer algunos ejemplos llevados a la práctica: Stevenson, Maureen McAllister, John Fradd... Pero ¿no corrías riesgo de que alguno de ellos te reconociera?

—La escenografía estaba muy bien preparada. Penumbra,

cubículos individuales en anfiteatro, manos enguantadas, mantos y capuchas... y, naturalmente, tampoco me vio nadie la cara ni las manos.

—La voz...

—Puedo alterarla sin demasiada dificultad y, para el que la escucha y no puede ver bien, le resulta imposible saber si es de hombre o mujer.

—Todo muy bien planeado, en efecto, incluso el cambio de carteras en el Sally's. Hasta Rube Moran había cambiado de aspecto.

—¡Ah, lo viste! —dijo Rhoda.

—Por casualidad. Pero en el mismo Sally's, días después, murió uno de mis informadores.

—Trataba de realizar un doble juego.

—Sí, ya me lo ha dicho Quinton.

Rhoda se irguió, sorprendida.

—¿Quinton?

—A estas horas, él y Rube están en manos de la policía.

Sobrevino una pausa de intenso silencio. De pronto, Baxter captó una extraña luz en los ojos de Rhoda.

—Sospecho que no eran sólo los asesinos quienes disfrutaban del placer de ver morir a sus víctimas —dijo—. Apostaría algo bueno a que tú también te situabas en algún lugar adecuado, desde el cual presenciar la ejecución práctica de tus planes.

Rhoda se puso en pie lentamente.

—Es un placer infinitamente superior a todos los demás... Ver cómo muere una persona, cuya muerte has estado preparando con todo detalle... Y, además, sin riesgo...

—¿Sin riesgo? Te he descubierto, Rhoda.

—Pero no me atraparán. ¿Recuerdas? Tenemos un combate pendiente y acordamos que sería a *cara de perro*. Quizá pensabas, entonces, que no debías emplear la galantería conmigo en una nueva contienda, pero yo pensaba ya en forma distinta.

—Después de saber la verdad, no me extraña en absoluto. Sobre todo, si se piensa el tiempo que estuviste internada en una clínica psiquiátrica.

—También me internarán ahora... pero volverán a soltarme y buscaré nuevos clientes... —dijo Rhoda, riendo como una posesa.

Aquella mujer estaba demente, pensó Baxter. Era una psicópata y ello la hacía doblemente peligrosa. De súbito, Rhoda lanzó un grito estridente:

—*¡Kiait*

* * *

Baxter la había visto levantarse y, desde el primer momento,

estaba prevenido. Así pues, el *kiai* emitido por Rhoda con toda la potencia de su energía física y mental, apenas si le impresionó, aunque reconoció que a un hombre descuidado habría sido capaz de aturdirle y dejarle en franca inferioridad. Una fracción de segundo más tarde, Rhoda se elevaba a dos metros del suelo, moviendo las piernas en tijereta. Mientras ascendía, giraba un cuarto de vuelta a su izquierda, con objeto de poder disparar su pie derecho con el máximo de impulso.

La bota de Rhoda llegó a unos centímetros de su mentón. Baxter unió las dos manos por el filo y apoyó las palmas en la suela. Luego empujó hacia adelante con todas sus fuerzas, contrarrestando así aquel irresistible ataque.

Sorprendida, Rhoda voló un poco hacia adelante y luego cayó al suelo. El movimiento de giro la hizo quedar boca abajo, apoyada en las manos, pero, basándose en la misma postura, elevó ambas piernas, agitándolas furiosamente, al objeto de evitar un asalto por la espalda.

Entonces, Baxter golpeó los dos empeines con sus puños, elevando los brazos hacia arriba, con todas sus fuerzas. Rhoda gritó al sentirse voltear sobre su cabeza. Baxter cayó sobre ella y puso ambas rodillas sobre los huecos de los codos.

—Estás perdida —dijo—. Sí, te internarán en un hospital psiquiátrico, pero jamás volverás a salir.

Rhoda pateó el suelo impotentemente. Ahora, su rostro se había deformado y parecía una furia del Averno. Su boca emitía horribles imprecaciones y la baba resbalaba por la comisura de los labios.

De repente, Baxter oyó el ruido de la puerta al abrirse. El temor a ser atacado por la espalda, le hizo soltar su presa y levantarse precipitadamente. Rhoda se incorporó también, justo en el momento en que entraba un hombre con pistola en mano.

El recién llegado se detuvo un instante al ver los fajos de billetes desparramados por el suelo. Rhoda, enloquecida, saltó hacia él.

—¡Mi dinero! —aulló el intruso—. ¡Puerca zorra, mi dinero no me ha servido de nada…! ¡No quiero que me asesines a mí también después de pagar, como hiciste con Farrow!

Cuando Rhoda llegaba junto a él, con las manos extendidas, sonó el disparo.

Baxter saltó hacia adelante. Rhoda, frenada bruscamente por el impacto de la bala, empezaba a tambalearse.

Resultaba indudable que el intruso le había seguido. Quizá hasta había escuchado, si no toda la conversación, al menos una parte. Pero ahora era cosa que no importaba demasiado.

Cuando Rhoda se desplomaba al suelo, Baxter golpeó la muñeca del individuo con el canto de su mano, que aulló de dolor, mientras la pistola saltaba por los aires.

En el mismo instante, se oyeron pasos precipitados en el corredor. Jamison apareció, seguido de algunos hombres.

—Creo que hemos llegado tarde —dijo.

—Ha llegado a tiempo — corrigió Baxter—. Ahí tiene a uno de los miembros del Club de los Asesinos y asesino, también, de esta mujer.

Jamison contempló a Rhoda. Detrás de él, un policía puso las esposas en torno a las muñecas del abatido individuo. Baxter se arrodilló junto a Rhoda.

En los ojos de la joven ya no había apenas brillo. Rhoda, sin embargo, intentó sonreír.

—Contigo... en el club... ¡cuánto habrían cambiado... las cosas! Pero no eres hombre capaz... de aceptar ser miembro... de ciertas sociedades...

El cuerpo de Rhoda es estremeció violentamente. Luego, poco a poco, empezó a relajarse. Baxter, compasivamente, puso los dedos de la mano sobre sus párpados.

* * *

—Oye, caballero andante —dijo Gray—, ¿puedo pedirte un favor?

—Por supuesto, todo lo que quieras —accedió Baxter.

—La próxima vez que te metas en líos, saca algo de provecho, ¿quieres? Eso de trabajar por amor al arte no me gusta nada. Si te agrada meter la nariz en ciertos asuntos, al menos saca un poco de dinero, ¿eh? El administrador se ha quejado de ciertos gastos extras que has hecho y...

—Debítalos en mi cuenta, Denis. Y, ahora, el que debe hacerme el favor eres tú.

—Sí, pero si comporta gastos, no te descontaré un solo centavo. La agencia es una cosa y tus... diversiones son otra. Bueno, ¿cuál es el favor, Budd?

—La respuesta a una pregunta. ¿Tienes algún antepasado escocés?

—Sí, mi abuelo materno...

—Ya; se nota —dijo Baxter sarcásticamente—. No dejes de ordenar que archiven todos los recortes referentes al caso. Con cargo a mi cuenta, claro.

Apagó el televisor y salió silbando del cuarto de comunicaciones. Koye, su criado, le aguardaba en el salón.

—Han dejado un mensaje para usted, señor —informó.

—La señora Lackland, supongo.

—No, señor. Dijo que se llamaba Sandra McCainn y que tiene muchos deseos de invitarle a cenar en su casa. Hoy mismo, señor.

Baxter reflexionó unos momentos.

—Tim, ¿le has dicho que estaba aquí?

—No, señor; dije que había salido...

—Cuando vuelva a llamar la señorita McCainn, dile que has recibido la orden de llevarme el equipaje al aeropuerto Kennedy. Salgo para Anchorage en el primer vuelo...

—¡Pero Anchorage está en Alaska, señor! —exclamó Kove, sorprendido. —Sí, Tim. Koye sonrió.

—Á juzgar por el ardor que la señorita McCainn ponía en su voz, estoy por asegurar que se siente dispuesta a acompañar al señor hasta Anchorage.

Baxter se arrellanó en el sillón y encendió un cigarrillo.

—En Alaska podrá enfriar sus ardores, Tim —dijo plácidamente.

—Un momento, señor... Con el permiso del señor, todavía no sé quién era el sujeto que mató a la señorita James.

—Tim, no cometas jamás un asesinato. Cuanto mejor planeado, más posibilidades existen de cometer un error. Robert McAllister había asesinado a su esposa, mediante el procedimiento del televisor arrojado a la bañera. Pero resultó que era amigo de Farrow y se enteró de la noticia de su muerte. Entonces empezó a recelar que a él podía sucederle algo parecido. Había pagado una buena suma y se dio cuenta de que no tenía garantizada la impunidad. Consecuentemente, empezó a hacer investigaciones por su cuenta... No, Rhoda no era tan lista como creía.

Arrojó unos cuantos anillos de humo al aire. Koye hizo un leve movimiento de cabeza.

—Nunca cometeré un asesinato bien planeado —prometió, muy serio. Y se acercó al teléfono para adquirir información sobre el primer vuelo a Anchorage.

Baxter contempló pensativamente los anillos de humo que se deshacían lentamente en el aire.

¿Era, realmente, el mundo tan malo como lo había pintado Rhoda James?, se preguntó.

¿Podía condenarse a todas las personas, solamente por la existencia de algunos malvados?

No, se dijo; el mundo no era, realmente, tan malo. En ocasiones, pero sobre todo, después de una buena acción, resultaba agradable vivir en este perro mundo.

El teléfono sonó bruscamente. Koye dijo:

—Residencia del señor Baxter... Lo siento, señorita, el señor ha salido para...

—¡ Aguarda! —exclamó Baxter repentinamente, a la vez que se enderezaba en el sillón—. Dile que acepto su invitación con mucho gusto.

Koye sonrió maliciosamente.

—Señorita, tengo el gusto de comunicarle que el señor Baxter se siente muy complacido de asistir a la cena en su agradable compañía —dijo.

Y después de colgar el teléfono, consultó:

—¿Debo preparar al señor algún indumento especial?

Baxter sonrió también.

—Traje corriente —contestó.

Bien, pensó mientras se cambiaba de ropa, después de todo, después de los malos ratos, venían las compensaciones merced a unos momentos agradables.

Y cuando salía de su casa, Koye le despidió con un guiño de ojos:

—¡Buen viaje a Alaska, señor!

FIN